

## Comunidades Neocatecumenales:

### Un Camino de Iniciación Cristiana(\*)

(Discernimiento Teológico)

Ricardo Blazquez

*En nuestro número 48 (Diciembre de 1986), publicamos un artículo del Padre Osvaldo D. Santagada sobre el CAMINO NEO-CATECUMENAL. Era una evaluación desde fuera. El Sínodo sobre los laicos ha dado un suplemento de actualidad al tema y se nos ha pedido publicar un complemento de información desde dentro.*

*La presentación que ofrecemos como documento ha sido publicada por Teología y Catequesis del Instituto San Dámaso de Madrid. Su autor es doctor en teología por la Universidad Gregoriana de Roma y profesor de teología en la Universidad de Salamanca. Ha publicado entre otras obras: La resurrección en la cristología de Wolfhart Pannenberg; Jesús sí, la Iglesia también; Jesús, el Evangelio de Dios; La Iglesia del Concilio Vaticano II...*

El "camino neocatecumenal", es decir, el itinerario de iniciación cristiana seguido por las llamadas "comunidades neocatecumenales", no es el resultado de una planificación pastoral. Su origen presenta los rasgos de una iniciativa de Dios sorprendente y gratuita. Nace en 1964 en medio de las chabolas de Palomeras Altas (Madrid). Su iniciador es el pintor

\* Para una presentación del neocatecumenado pueden verse las siguientes referencias bibliográficas: F. Argüello (Kiko, 'Le comunità neocatecumenali', en *Rivista di Vita Spirituale* (1975/2) pp. 191-200; Idem, "Il Neocatecumenato. Un'esperienza di evangelizzazione in atto. Sintesi delle sue linee di fondo", en *Rivista di Vita Spirituale* (1977/1) p. 98 ss.; Idem, *Breve relación sobre el camino neocatecumenal*, presentada a los Padres en el Sínodo sobre la Reconciliación; Idem, *Convivencia de los párrocos de las comunidades neocatecumenales con vistas al Sínodo sobre "Catequesis en nuestro tiempo"*, Roma 10-13 enero 1977, pp. 5-26; L. Della Torre 'Le comunità neocatecumenali', en *Rivista di Pastorale Liturgica* 48 (1971) pp. 512-15; Idem, 'Il Neocatecumenato', en *Communio* 32 (1977) pp. 58-88; G. Zevini, 'Le comunità neocatecumenali. Una pastorale di evangelizzazione permanente', en *Temì teologico-pastorali* (ed. A. Amato; Roma 1977) pp. 103-25; Idem, 'Esperiencias de iniciación cristiana de adultos en las comunidades neocatecumenales', en *Conciltum* 142 (1979 feb.) pp. 240-48; Idem, 'Neocatecumenato', en *Nuovo Dizionario di Spiritualità* (ed. S. De Floresy T. Goffi; Alba), cols. 1056-1076. No comprendemos por qué se ha suprimido este artículo en la traducción española. Idem, "Il Cammino neocatecumenale. Itinerario di maturazione nella fede", en *Movimenti ecclesiali contemporanei. Dimensioni storiche, teologico-spirituali ed apostoliche* (ed. A. Favale; Roma 1982) pp. 231-67; Varios, *Comunidades plurales en la Iglesia* (Madrid 1981) pp. 51-69.

Francisco Argüello (Kiko), convertido del ateísmo de tipo existencialista a la fe cristiana. Marchó al suburbio con una Biblia, un crucifijo y una guitarra para vivir silenciosamente como un pobre entre los pobres, según la inspiración de Ch. de Foucauld. Pronto fue un interrogante para los vecinos, que le pidieron les hablara de Jesucristo. Lo llamativo fue que entre los gitanos que frecuentaban la barraca para escuchar las improvisadas catequesis, nacía un vínculo de profunda fraternidad. Kiko recuerda maravillado cómo el "kerigma" en la medida en que era acogido por aquellos pobres creaba la comunión. Presididos por un presbítero, que conoció a Kiko, comenzaron a celebrar la Eucaristía en la barraca, con tal sencillez y potencia que lo acontecido pronto se difundió. Aquí está el germen. Como siempre en el cristianismo, la vida se ha anticipado con su presencia y ha precedido la ulterior reflexión y la eventual organización. Pedro y los fieles de la circuncisión quedaron atónitos al ver que el don del Espíritu Santo había sido derramado también sobre los gentiles (cfr. Act 10, 44-45; 11, 11-18). Y Pablo, antes de llamar a sus comunidades "cuerpo de Cristo", ha palpado el poder de la Palabra de Dios para regenerar la vida de los que la acogían.

Sorprendidos por la realidad naciente, Kiko y Carmen Hernández —miembro de un Instituto religioso que a su paso por Madrid camino de Bolivia había tenido noticia de lo acontecido en Palomeras Altas y había quedado fuertemente impactada por ello— comprendieron que lo dado por Dios debía ser ofrecido gratuitamente. Por esta razón accedieron a las peticiones que les vinieron de varias parroquias para tener las catequesis que habían suscitado aquella comunidad. Comienza así un camino de expansión, actualmente difundido en más de ochenta naciones de todos los continentes, siguiendo los signos emitidos por Dios e interpretados en disponibilidad al Espíritu por los hombres. Al ser don recibido de Dios como una tarea encomendada para el servicio de la Iglesia y de los hombres han comprendido también que debe incondicionalmente ser servido, debe ser mantenido cuidadosamente en su originalidad y debe ser defendido celosamente.

En la base hay unas instituciones cristianas fundamentales (anuncio de la resurrección de Jesucristo, el Siervo de Dios como sentido de la cruz de cada hombre, redescubrimiento del bautismo como meta, el catecumenado como camino de conversión y de fe...), contrastadas con la experiencia de las comunidades pioneras, profundizadas por la clarificación histórica, teológica, litúrgica, espiritual..., y con la atención siempre puesta en las orientaciones de los obispos y particularmente del obispo de Roma. Los iniciadores están, por una parte, persuadidos y confirmados por la autoridad eclesial de que han recibido un carisma de Dios para la Iglesia postconciliar, y, por otra, están abiertos a los signos a través de los cuales Dios vaya indicando la definitiva configuración e incardinación eclesial. Es, por tanto, un camino ya suficientemente acreditado y en un proceso avanzado de recepción eclesial. Es necesario reconocer que en todo momento se han prestado lealmente al discernimiento autorizado de su presunto carisma. La maleabilidad y ductilidad es un indicio positivo, la inequívoca comunión eclesial es altamente acreditadora, la renuncia a cualquier cesión por cualquier presión lo recomienda, la confianza en

que Dios lo defenderá si es obra suya, es signo de la disponibilidad ante la gracia-tarea recibida, la ausencia absoluta de intereses bastardos (económicos, políticos, de grupos sociales...) lo encarece... Es interesante comparar los pasos del "camino neocatecumenal" con los inicios y afirmación de otros grandes movimientos de reforma en la Iglesia<sup>1</sup>. Ante los signos acreditativos presentados se comprende que sólo una seria responsabilidad eclesial es aquí la pertinente. Se requiere buena dosis de paciencia tanto en los iniciadores como en los demás.

El camino neocatecumenal es una síntesis original de la totalidad del cristianismo. En su dinamismo cada realidad cristiana recibe un "toque" peculiar y una progresiva integración en el conjunto. A mí, que desde hace más de un decenio participo en las comunidades y que he estado también atento a la dimensión teológica, me han sorprendido con frecuencia su profundidad, su coherencia y su originalidad. Es como una hondísima intuición que se despliega consecuentemente, y no como una acumulación de retales. Hay un tino al enfocar cada aspecto cristiano, que es llamativo también teológicamente. Ante sus "novedades" se debe pensar despacio, con ayuda de los instrumentos cristianos de discernimiento y con la libertad de espíritu que busca ante todo las "realidades", que no se frena ante una formulación menos feliz y que se percata del tono fuertemente kerigmático de las palabras. La sorpresa debe ser impulso para la interrogación, la búsqueda y el entendimiento.

El camino neocatecumenal es una iniciativa postconciliar. Siempre se supone el Concilio. La renovación litúrgica, bíblica, eclesiológica... asumidas y propugnadas por él están en la base. Pero su novedad consiste en el "genio" que las ha integrado vitalmente y ha creado con ellas un conjunto dinámico. Porque no basta poseer teóricamente todos los elementos, no es suficiente decir cómo debe ser; con unos rituales renovados, con un rico conocimiento bíblico, con la mejor teoría catequética, con una adecuada comprensión de la Iglesia, puede darse escasamente la vida. El genio creador es el que ofrece la "clave" para de una forma singular, aunar todos los elementos constituyendo una andadura viva y fecunda. Así se entiende que haya iniciativas más programadas que reales, más teóricas que eficaces.

Haré la exposición del camino neocatecumenal en tres momentos; en primer lugar intentaré recoger las grandes intuiciones de donde arranca; a continuación describiré cómo se ha ido configurando concretamente; y por último haré algunas reflexiones desde la Iglesia española y desde el camino neocatecumenal en orden a favorecer la recepción del mismo.

### 1. Las grandes intuiciones de fondo

Nada más alejado del camino neocatecumenal que poner su centro de gravitación en técnicas psicológicas y sociológicas para constituir la comunidad. La dinámica de grupos, las estrategias para la integración

---

<sup>1</sup> Cf. Y. Congar, *Vraie et fausse Réforme dans l'Eglise*, 2 ed. (Paris 1968).

personal, los estudios de PRH, el fomento de relaciones "cálidas", etc., no son atendidos directamente como tales. La solidez de la comunidad procede de sus experiencias mayores, que una vez participadas suficiente y vitalmente por sus miembros, constituyen un vínculo irrompible y producen un inolvidable impacto. Aquí radica su fuerza de cohesión, a juzgar por su permanencia verdaderamente llamativa. Ante multitud de iniciativas que se difuminan como nubes de verano es ya un interrogante la continuidad. Participar dos veces por semana en sus celebraciones, durante años y años, con absoluta libertad, suavemente atraído por el resultado benéfico mil veces sentido, es un indicio del fondo nutricio que poseen las comunidades neocatecumenales. En las celebraciones, oportunamente preparadas, se libera una energía capaz de sustentar y estimular el camino de fe y de conversión de los participantes. La comunidad se reúne primordialmente, no para estudiar, ni para reflexionar en común, ni para acordar acciones, ni programas campañas..., sino para celebrar la Palabra de Dios y la Eucaristía. Por aquí transcurre su itinerario.

a) *El anuncio de la resurrección de Jesucristo.*

En la etapa primera de constitución de la comunidad es esencial el kerigma de la resurrección, proclamado de innumerables formas. Sólo en la medida en que se acoge esta buena noticia va naciendo la comunión. Toda la marcha ulterior de la comunidad estará fuertemente impregnada por la dosis kerigmática. En la situación en que cada uno se encuentra —es importante que todos descubran personalmente la suya— Dios hace una promesa de salvación. Los catequistas, en nombre de la Iglesia, le aseguran que esa promesa será fielmente cumplida por Dios. Esta promesa al ser creída pone en movimiento al hombre. El anuncio de la resurrección cuando es recibido por el hombre en el poder del Espíritu comienza a operar salvíficamente. La predicación kerigmática ofrece gratuitamente evangelio, es decir, esperanza de parte de Dios para el hombre irredento. La Buena Noticia procede del corazón de Dios que ama a cada hombre, sea cual fuere la situación de su vida. Este mensaje, que no viene a juzgar ni a condenar, que no viene a plantear exigencias al hombre debilitado, es más poderoso para regenerar las personas que todas las denuncias y todos los imperativos. Sin la experiencia del amor previo y gratuito el hombre no puede ser reconstruido. Una vida nueva es sólo posible en la medida en que va naciendo un hombre nuevo, revestido de Jesucristo. La ética cristiana es una moral responsable; precede la gracia de Dios al deber del hombre, la iniciativa divina a la respuesta humana, el indicativo de lo operado por Dios al imperativo y a la parénesis de la actuación del hombre. Recuérdese, por ejemplo, las cartas de San Pablo. Proceder inversamente es moralismo. Este aspecto es tan claro en el camino neocatecumenal que el acento en la gratuidad divina y en la incapacidad del esfuerzo humano durante los primeros tramos del camino suscitan en algunos una cierta inquietud. Al principio se pide al hombre que escuche la Palabra de Dios, y poco a poco esté preparado para comprender y responder a otras muchas exigencias cristianas. Es muy clara la percepción de que la libertad del hombre está como encadenada.

El anuncio de la resurrección se dirige a hombres esclavizados por el temor a la muerte. Aquí reside uno de los puntos más decisivos. Los hombres, según Hebreos 2, 15, están, por el temor a la muerte, sometidos de por vida a esclavitud. Si de esta situación humana no nos percatamos, no presenta el kerigma todo su alcance. El hombre al pecar ha hecho una experiencia de muerte; ha gustado existencialmente a qué conduce el pecado. El pecado destruye al hombre por dentro; no queda simplemente fuera de él. Si esta perspectiva del pecado no se profundiza, aparecerá como una realidad extrínseca que afectaría sólo a las relaciones del hombre hacia fuera (Dios, los demás, el mundo), pero que a él dejaría intocado. Al pecar es el hombre el primer perjudicado. Además el pecado crea un ámbito mortal que encierra al hombre. Atrapado en este círculo es incapaz de salir de sí, de abrirse al otro, de trascenderse en el otro, ya que la experiencia de muerte que posee le impide amar en la medida en que el otro le mata, le destruye, le mortifica. Ama sólo mientras la persona amada le construye. Querría amar de otra manera pero está interiormente retenido, esclavizado. Si no se rompe esta situación, el hombre no puede cumplir la ley de Dios; todas las exhortaciones y amenazas son estériles.

En este momento kerigmático es actualizado de forma elocuente y concreta el relato de la caída de Adán y Eva, que somos tú y yo (cfr. Gn 3). Adán y Eva han dado crédito a la catequesis del maligno: "seréis como dioses" (v. 5); la prohibición divina es por celos a la potencial grandeza del hombre; Dios te ha impuesto la ley porque te teme y porque no te ama; es un límite a tu libertad y una trampa a tu realización. Al comer de la fruta prohibida dijeron sí a la "serpiente" y negaron que Dios es amor. En el pecado hay en el fondo una voluntad de ateísmo, de mentira y de asesinato (cfr. Jn 8, 31 ss.). Al pecar hicieron una experiencia de muerte; de despojo, de ruptura, de acusación. El pecado engendra la muerte; no conduce a la libertad ni a la humanización. En la obediencia a Dios está la vida para el hombre. Rechazando a Dios nuestra vida pierde el sentido, ya que el hombre *es* en la medida en que Dios le da el ser por amor. Aquí está el mal del hombre; en adelante está como vendido al pecado; hace el mal que no quiere (Ro 7, 14 ss.). El pecado le ha pagado con muerte, porque el "salario del pecado es la muerte" (Ro 6, 23). "¡Vivía yo un tiempo sin ley!, pero en cuanto sobrevino el precepto, revivió el pecado, y yo morí" (Ro 7, 9). Esta es la fuente real de todos nuestros males, de todos nuestros sufrimientos. Sin esta concepción de la situación existencial del hombre como correlato no llega al fondo de la irredención la gracia de Dios en Jesucristo muerto y resucitado. El es el nuevo Adán. La revelación de Dios en Jesús descubre la verdad profunda del hombre, tanto en el abismo de la perdición como en la grandeza de la salvación. Es comprensible que si el nivel en que nos situáramos para definir al hombre fuera primordialmente social y colectivo, habríamos marginado una dimensión esencial de la concepción cristiana. En todo caso el discurso de las comunidades neocatecumenales llega a esa hondura. Si este fondo está iluminado por la Palabra de Dios, si ahí ha llegado la liberación del Espíritu de Jesús, el hombre está radicalmente salvado. Si ese fondo está sin remover y sin purificar, el hombre sentirá un vacío mortal, aunque goce de salud, viva en la opulencia y disfrute de todas las posibles opor-

tunidades de la vida. Por esto el veneno de la muerte existencial no cesa —más bien se acrecienta— en nuestras sociedades.

En esa situación existencial del hombre, esclavizado por el temor a la muerte, resuena el kerigma de la resurrección de Jesús como una buena noticia, como una alegre noticia. ¡Es posible la vida! ¡Aquí y ahora se te ofrece gratuitamente la vida! El cristianismo consiste básicamente en este anuncio. La predicación de Jesús era Buena Noticia (cfr. Mc 1, 14), y lo mismo la predicación apostólica (cfr. Act 5, 42). Jesucristo ha roto el cerco de muerte y de pecado que nos oprime y cierra el paso hacia la libertad; ha vencido al “señor de la muerte” para que libres podamos cruzar la barrera que nos separa del otro y amarlo. La muerte ha sido devorada en la victoria (cfr. 1 Co 15, 54-57). En el hombre liberado del temor a la muerte nace el amor cristiano: el amor hasta la muerte, el amor en la dimensión de la cruz, el amor al enemigo (cfr. Jn 15, 12-13; Mt 5, 43-48). Así amó Jesús. Así nos ha amado Dios cuando éramos pecadores (cfr. Ro 5, 6-11). En Jesucristo vencedor de la muerte por la resurrección ha sido superado todo lo que lleva el sello de la muerte. No se trata sólo de la garantía de la resurrección final para el más allá, sino también del poder de la vida nueva en medio de nuestra existencia marcada por la precariedad, por el dolor, por la cruz, por lo mortificante. En virtud del Espíritu, que resucitó a Jesús de entre los muertos, se produce en el cristiano la inversión gloriosa de muerte en vida. Con sentido de libertad, de triunfo, de alegría y de agradecimiento puede todo cristiano preguntar con San Pablo: “¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado es la ley. Pero, ¡gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!” (1 Co 15, 55-57). Hay, como muestra la exégesis paulina, una correspondencia entre Génesis 3 y la victoria de Jesucristo sobre la ley, el pecado y la muerte. La teología de Pablo es, efectivamente, para las comunidades neocatecumenales la clave de lectura. Su fuerte concentración en la muerte y resurrección de Jesucristo, su acentuación existencial en el poder del pecado y en la sobreabundancia del poder de la gracia, su insistencia en la cruz, en la fe y en la gratuidad, el puesto del Espíritu en la existencia nueva... son también acentos del camino neocatecumenal. Por supuesto, acentuar algo no equivale a excluir el resto; pero los acentos determinan las aristas, crean las características peculiares, condicionan la fuerza y la debilidad.

Jesucristo muerto y resucitado es la obra de Dios que se nos ofrece gratuitamente para que nuestros pecados sean destruidos y nuestra muerte sea aniquilada. Jesús es el camino que Dios ha abierto en la muerte. Por el poder del Espíritu Santo todos podemos pasar de la muerte a la vida. Al actuar ahí ha mostrado Dios el amor que nos tenía; no tenía razón la serpiente al presentar a Dios como enemigo del hombre. En la obediencia a la voluntad de Dios reside la vida del hombre; y en la desobediencia del pecado está su muerte y su despojo.

Dios nos ha amado porque sufríamos, porque estábamos destruidos, porque estábamos esclavizados, porque éramos pecadores. El hombre más que pecador es un cautivo. Hay aquí una intuición profundamente cristiana;

a veces la consideración exclusivamente ética del pecado nos ha impedido ver sus dimensiones teológica y existencial. Jesús reprochará a los fariseos su justicia de cumplimiento de la Ley como insuficiente ante Dios, y defenderá a los pecadores porque están agobiados por el peso. Dios ha tenido misericordia de nosotros y en Jesucristo nos ha tendido la mano. Este es el verdadero rostro de Dios; no el que el tentador insinúa. Lo que en Ro 5, 6-11 se dice sobre la iniciativa de radical bondad de Dios en relación a nosotros aparece en el comportamiento de Jesús.

El trato de Jesús con los pecadores, con los pobres, con los ignorantes, con los necesitados es un rasgo acreditado por la investigación histórico-crítica. Jesús ha cambiado el orden entre penitencia y salvación vigente en el judaísmo de su tiempo. Para Jesús de la gracia brota la conversión. El que Dios es bueno y abre el camino de la vida en el Reino que viene es la esperanza para todos los destruidos. Dios nos ha amado primero. Por esto es evangelio la noticia de la cercanía del reinado de Dios y el kerigma apostólico de la muerte y resurrección de Jesús. Sólo Dios nos acoge como somos sin escandalizarse. Este núcleo, fuertemente acentuado en las comunidades neocatecumenales, está en el corazón del cristianismo. Jesús fue una gracia tan irritablemente abundante para los fariseos como tan reconfortadora para los excluidos. Borrachos, drogadictos, asesinos, prostitutas... pueden encontrar en la Iglesia la esperanza de regeneración sin ser acusados.

En presencia de este anuncio el hombre está invitado a creer, si quiere recibir la vida que resiste a todas las amenazas de la muerte, es decir, la Vida Eterna. "¿Qué hemos de hacer, hermanos? Pedro les contestó: Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados" (Act 2, 37-38).

El anuncio de la resurrección abre el camino neocatecumenal. Por él se inicia la formación de la comunidad y la reconstrucción de la Iglesia. Desde la pastoral se entiende fácilmente que hoy es ineludible la iniciación en la experiencia personal de la conversión<sup>2</sup>. No falta tanto información religiosa, cuanto vigor de fe, porque en medio de nuestro mundo el hombre "sabe" que ha recibido su potencia salvadora. Carecer de este encuentro personal es la principal flaqueza cristiana frente al mundo en avanzado proceso de secularización y tan fuertemente impregnado por el ateísmo. El kerigma de Jesucristo vencedor de la muerte es, además de inicio de la comunidad, fundamento permanente de la misma. Constantemente será recordado que Jesús es la piedra angular y que "no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos" (Act 4, 12).

---

<sup>2</sup> Cf. K. Rahner, 'Conversión', en *Sacramentum Mundi* 1, col. 981: "En la edad del ateísmo, que declara no poder hallar en la cuestión de Dios sentido alguno ni siquiera como cuestión, ni descubrir en absoluto ninguna experiencia religiosa, este arte mistagógico de la conversión no tiene hoy día como fin primero e inmediato la decisión moral, sino el entrar (o hacer entrar) en sí mismo y la libre aceptación de una fundamental experiencia religiosa de la ineludible referencia del hombre al misterio que llamamos Dios".

b) *Camino de fe y de conversión.*

Los que han acogido el kerigma comienzan comunitariamente, como pueblo, una marcha, un itinerario. Es un camino de fe y de conversión, a lo largo del cual aprenderá personalmente lo que es creer. La fe es camino. Aquí aparecen dos paradigmas para el cristiano: Abraham y María. Abraham es el padre de los creyentes (cfr. Ro 4) y el modelo de los justificados por la fe. A Abraham le fue hecha la promesa de un hijo y de una tierra; y efectivamente Dios le dio un hijo en su ancianidad de Sara, su mujer estéril. Cuando Dios le pidió a Isaac, el hijo único y amado de Abraham, éste obedeció, y Dios en el monte proveyó con un cordero. El patriarca en su historia vio que Dios es fiel; aprendió existencialmente a creer. Apoyado en Dios se recibe la fecundidad de su promesa (cfr. He 11, 8-19). María ha hecho un itinerario de fe<sup>3</sup>. Ha recibido una noticia, la ha creído, ha concebido en su seno, ha gestado, ha dado a luz al Hijo del Altísimo. En el cristiano debe reproducirse este camino fecundo; también a él, por el poder del Espíritu, le nacerá un "hombre nuevo", si cree en la Palabra, la conserva en el corazón, y la retiene en la vida. María es no sólo modelo de la fecundidad de la fe virginal en el cristiano; es además ejemplo de la Iglesia. En el seno de la Iglesia será gestado el catecúmeno hasta que nazca en la fuente bautismal. La grandeza de María consiste en su fe. "Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor" (Lc 1, 45).

Este camino —seguidores del Camino fueron llamados los discípulos del Señor (cfr. Act 9, 2)— es un auténtico catecumenado (¿no se abusa actualmente de este nombre?), es decir, una iniciación a la fe, a la conversión y al bautismo; aunque por tratarse de un catecumenado postbautismal, se llama "neo-catecumenado". En un proceso de años descubrirán los catecúmenos las riquezas del bautismo, escondidas y apenas degustadas. A través de etapas, pasos y escrutinios se hará un descenso por la conversión en las aguas de la muerte de donde saldrá un hombre nuevo creado por el Espíritu de Dios. "Bautizar" significa etimológicamente "sumergir en el agua" (cfr. Ro 6, 3); este símbolo reclama la conversión como un "descenso" interior.

Bajar los peldaños de la fuente bautismal (recuérdese cómo eran los baptisterios primitivos) es el símbolo de una conversión, de una "kénosis", de un descenso a la auténtica realidad del hombre. Bajando encuentra el hombre su verdad. Humildad, dirá Santa Teresa, es andar en verdad. Poco a poco van cayendo las máscaras detrás de las cuales se esconde y defiende el hombre. Al principio nadie se siente concretamente pecador, nadie tiene enemigos; todos tienen mucha fe, todos aman mucho. Con el espejo de la comunidad cada uno irá descubriendo que necesita pedir la fe a la Iglesia,

<sup>3</sup> Cf. *Lumen Gentium*, 58. Precisamente en esta fe colmada de fidelidad se convierte María en tipo de la comunidad de los que escuchan la Palabra de Dios y la guardan" (O. Semmelroth, 'Comentario al capítulo VIII', en *Lexikon für Theologie und Kirche* 1 (Freiburg i. Br. 1966) p. 333).



que es justamente lo que tendrá lugar en el escrutinio primero. Antes de comenzar a construir es necesario desmontar.

A lo largo del camino, y a medida que la Palabra de Dios va iluminando, se aprenden tres lecciones trascendentales. La primera y fundamental es que Yavé, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, es el *único Dios*; y en consecuencia, amarle con todo el corazón es vivir (cfr. Dt 6, 4-9; Lc 10, 25-28). Cantar el "shemá" es recordar la unicidad, no simplemente teórica sino práctica, de Dios. Frente al único Dios quedan descubiertos en su incapacidad salvadora y en su tendencia a ser convertidos en ídolos el dinero, el trabajo, los afectos... La conversión a Dios se realiza en el centro de la vida, desde las realidades que acaparan el corazón del hombre. La conversión cristiana es mucho más que la renuncia a ciertas cosas fácilmente objetivables y cuantificables; se trata de medirse el hombre por las tres tentaciones, que padeció Jesús. El Tentador instiga al hombre para que se asegure en el dinero, rechace su historia y se postre ante los ídolos. Estas tentaciones, que seguramente acompañaron a Jesús en su actividad pública y que fueron redaccionalmente adelantadas por los evangelistas al comienzo de su predicación, no son tentaciones distantes del hombre actual. Todas ellas atentan contra el puesto único debido sólo a Dios. El hombre, como el pueblo en el desierto, quiere el pan aquí y ahora, sin depender de Dios, busca asegurar su vida en el dinero, en lugar de confiar en la providencia del Padre Celestial. Jesús fue tentado en su historia; si desde el pináculo del Templo se arroja y los ángeles lo acogen en sus manos, todo el pueblo, al ver el prodigio, tendrá que reconocerlo como el Mesías. ¿A dónde va Jesús, un rabí desconocido procedente de Nazaret, un oscuro lugar? ¿Qué pretende con un puñado de discípulos, que a duras penas lo comprenden? ¿A eso se llama el Reino de Dios que viene?<sup>4</sup> Cada hombre es tentado en su historia. ¿Acaso Dios le ha amado al nacer en tal lugar, de tales padres, con tales limitaciones...? Por fin, no sólo Israel hizo su ídolo de oro, todo hombre es tentado de idolatrar el poder, de ser cautivado en su dinamismo, de postrarse ante la "causa", que puede tener tantos nombres, de arrastrarse ante otros hombres. Sólo el reconocimiento de Yavé como único Dios otorga la libertad verdadera (cfr. Mt 4, 1-11). Israel cayó en las tentaciones; pero Jesús fue totalmente fiel, y abrió el camino de la fidelidad. A la luz de la psicología y de la sociología puede entenderse qué profundas son las raíces que aprisionan al hombre en el tener, en el poder, en el saber, en la afectividad, en la propia imagen proyectada... Por ello, aclarar vitalmente este fondo es liberar al hombre.

El catecúmeno deberá dar signos elocuentes de que el dinero no es su Dios. Aprenderá a amar, por ejemplo, a los hijos sin quererlos a su imagen y semejanza, sino a quererlos bien desde Dios que los hizo personas libres. En el camino descubrirá los traumas ocultos de su historia y aprenderá a reconciliarse con ella. Se trata de pasar de la convicción de que,

---

<sup>4</sup> Cf. G. Bornkamm, *Jesús de Nazaret* (Salamanca 1975) p. 76. Cf. mi libro *Jesús, el evangelio de Dios* (Ed. Encuentro, Madrid 1985), p. 189 ss.

porque Dios no te ama, te ha ocurrido esto o lo otro, al reconocimiento de que en tu historia Dios ama y te salva. Es un descubrimiento de primer orden comprender que la cruz es signo del amor de Dios y no expresión de su animosidad; en el dolor el hombre sondea las dimensiones reales de su existencia y desde la fragilidad es más fácil la apertura a Dios.

El catecúmeno está llamado a heredar una bendición, a "decir-bien" de Dios a la vista de su vida. Cuando el hombre hace este descubrimiento ha encontrado radicalmente la paz. Toda la historia de la salvación de Dios con su pueblo se reproduce de alguna forma en la historia singular de Dios con cada persona. Este principio tendrá también vigencia a la hora de leer e interpretar la Escritura. Con el poder de Dios serán exorcizadas todas las realidades en las que se apoya idolátricamente el hombre; la conversión consistirá en reducirlas de ídolos, a los que se pide la vida, a criaturas de Dios, en cuyo trato el hombre bendice al Señor. Se debe vigilar contra todo pesimismo acechante: las cosas son buena creación de Dios, pero el hombre, al pecar, las degrada a la condición de ídolos y por ello deben ser rescatadas en el dinamismo del hombre redimido.

El segundo escrutinio es una confrontación profunda con las tentaciones del dinero, de la historia y de los ídolos. Es un paso decisivo en el camino neocatecumenal. La libertad ante el dinero deberá acreditarse muy realísimamente, porque los autoengaños son particularmente sinuosos y las recaídas son en este punto tercamente insistentes. La renuncia al dinero desencadena la fidelidad del hombre a Dios, es una muestra tangible de confianza en el Dios que provee, es lugar hermenéutico para comprender el cristianismo<sup>5</sup>, y es condición de fraternidad humana y universal, como aparece espléndidamente en Francisco de Asís. La renuncia a los "intereses" económicos, políticos, ideológicos, etc., que cualifica el "alma de pobre", abre la senda de la verdad.

El segundo descubrimiento en el proceso de conversión es el del *pecado* sin autodefensa, sin torturas y sin desesperanzas. Este descubrimiento vital sitúa al hombre en su verdad profunda; por ello podrá reconocer que sólo Dios es bueno y que únicamente a El se debe la gloria, y además le nacerán entrañas de comprensión para no juzgar al hermano. Un borracho no acusa a otro borracho. Dios ama al hombre porque es indigente y pecador. El perdón gratuitamente recibido posibilita y reclama perdonar al enemigo. "Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros" (Col 3, 13). El reconocimiento del pecado purifica radicalmente el corazón y confiere una mirada penetrante para ver los subterfugios y las ideologías deformantes en el hombre.

El tercer descubrimiento es la "*cruz gloriosa*". Dios resucitando a Jesús ha cambiado la muerte ignominiosa de la cruz en motivo de esperanza, de gloria y de salvación. La cruz ya no destruye al hombre unido a Jesucristo por la fe. La cruz, que es la sabiduría de Dios en el misterio

---

<sup>5</sup> Cf. J. Sobrino, *Resurrección de la verdadera Iglesia. Los pobres, lugar teológico de la ecclesiología* (Santander 1981) p. 109 ss.

(cfr. 1 Co 2, 7), es la llave para descifrar el universo. El catecúmeno aprenderá a mirar la cruz como el lugar del encuentro con Dios, que con su necedad confunde la sabiduría del mundo y con su debilidad vence el poder de los orgullosos. Dios ha provisto en la cruz de Jesús para que tus "muertes" no te maten. En el misterio de la cruz "se juntan la verdad y la vida"<sup>6</sup>; verdad revelada por la Palabra de Dios a los oyentes, es decir a los catecúmenos, y vida ofrecida por el Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos. Muerte es todo lo que destruye (trabajo, enfermedad, familia...); es decir, aquello que uno arrojaría lejos de sí inmediatamente; pues bien, todo lo que tiene rostro de muerte ha sido vencido en Jesucristo. A este descubrimiento son conducidos los que recibieron las catequesis e iniciaron el camino comunitario en el primer escrutinio que abre propiamente el catecumenado al presentárseles la cruz gloriosa, en la que serán sellados.

Jesús es el Siervo de Dios, que según los famosos cantos de Isaías es sostenido por Dios, ha recibido una lengua de discípulo, no tiene aspecto humano, ha cargado con los pecados del mundo... (cfr. Is 42, 1-9; 49, 1-6; 50, 4-11; 52, 13-53, 12). El Siervo de Yavé es la única verdad para el hombre. Es la contradicción de los espíritus: para muchos es escándalo, para otros es levantamiento salvador. Desde un punto de vista exegético puede verse cómo todas las fórmulas paulinas en que se habla de la muerte de Jesús por nosotros remiten a las palabras de la cena de despedida (E. Käsemann), y cómo éstas se conectan con el cuarto canto del Siervo de Yavé. Este Siervo fue presentado desde el principio en las catequesis bautismales (cfr. 1 Pe 2, 21-25)<sup>7</sup>. Hablar del Siervo de Dios es un discurso constitutivo cristiano y al mismo tiempo muy delicado. R. Bultmann reconoció que si en algún lugar encontramos el sello de la originalidad de Jesús es indudablemente en los textos siguientes: "Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pues yo os digo: no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetea en la mejilla derecha ofrécele también la otra" (Mt 5, 38-39)<sup>8</sup>. "Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan" (v. 44). Silenciar estas palabras misteriosas sería una infidelidad cristiana. Pero evidentemente son escandalosas y delicadas. Por supuesto, no pueden ser instrumentalizadas en provecho de una ideología de sumisión. Además deben ser confrontadas con la forma concreta como Jesús realizó la condición de Siervo: su palabra y sus gestos no muestran la debilidad, de que habló F. Nietzsche; y, no obstante, por encima de todo murió perdonando y remitiendo el juicio a Dios. La cruz y el Siervo de Yavé son revelación "en el misterio"; nunca pierden su carácter escondido; no son como un enigma que una vez resuelto se desvanece. Pero, ¡dichoso el que haya "comprendido" el "misterio" de la cruz!

<sup>6</sup> Cf. L. Bouyer, *Initiation chrétienne* (Paris 1958) pp. 79 y 99 ss.

<sup>7</sup> Cf. M.-E. Boismard, *Quatre Hymnes baptismales dans la première Epître de Pierre* (Paris 1961).

<sup>8</sup> "Todas estas palabras (las citadas arriba de Mt 5, 38-48) contienen algo característico, nuevo, que va más allá de la sabiduría y piedad populares; y sin embargo tampoco es específico de los escribas y rabinos o de la apocalíptica judía. Por tanto, si en algún sitio es aquí donde tiene que encontrarse lo característico de la predicación de Jesús" (*Die Geschichte der synoptischen Tradition*, 8 e. (Tübingen 1970) p. 110).

Es un hecho acreditado en las comunidades neocatecumenales que en el interior del proceso de fe y de conversión hacia el bautismo se recupera con vigor el sacramento de la conversión, de la penitencia. Según el testimonio de los presbíteros, las comunidades han fortalecido decisivamente la celebración del sacramento en sus parroquias, e incluso a veces la han rescatado del olvido o del sin-sentido. Teológicamente este dato es comprensible. El bautismo fue desde el principio el gran sacramento de la conversión; y el sacramento de la reconciliación fue como un "segundo bautismo", como "una tabla de salvación después del naufragio". Además la penitencia es insertada en un proceso de conversión y dentro de una comunidad. La connotación bautismal, la conversión continua ante la misericordia de Dios mostrada en su Palabra, y la eclesialidad son dimensiones insustituibles en la celebración del perdón. En el camino neocatecumenal se descubre con claridad el pecado que paga al pecador con muerte; y es vivenciada con intensidad la perspectiva comunitaria del pecado y de la reconciliación. En la primera celebración penitencial, precedida por una catequesis teológicamente bien centrada y muy elocuente, los participantes descubren gozosamente lo que significa haber recibido el perdón junto con otros en la Iglesia. El perdón recibido libera al hombre para poder comunicar con los demás y poder compartir alegremente el pan y la fiesta.

En este proceso de fe y de conversión son integradas otras realidades fundamentales. Si con el anuncio de Jesús muerto y resucitado se ha comenzado a recibir la vida y a ser iluminado en la historia, entonces poco a poco será reconocido con agradecimiento como el "Kyrios", a quien está todo sometido. Desde la función soteriológica se pasa al encuentro con la persona de Jesucristo, desde el poder del Resucitado se reconoce su divinidad. Este proceso catequético conecta con el dinamismo de las discusiones cristológicas de la Iglesia primitiva, y es altamente recomendable en nuestro tiempo en que el hombre necesita reconstruir personalmente la identidad cristiana desde la base.

El mismo proceso tiene lugar a propósito de la *Vida Eterna*. Si el catecúmeno ya vive una Vida que pasa por encima de la muerte (porque ama al enemigo y no huye de su historia), es decir, una Vida que es eterna; entonces con esta experiencia se robustece la esperanza de la Vida en plenitud más allá de este mundo. La Vida comenzada es una garantía de la consumación de la promesa y de la esperanza. Recuérdece cómo concibe la teología la hermenéutica de las fórmulas escatológicas<sup>9</sup>. La plenitud se adelanta en la salvación recibida. La escatología es el horizonte del cristianismo; y horizonte no es sólo la raya que delante de nosotros

---

<sup>9</sup> Cf. K. Rahner, 'Principios teológicos de la hermenéutica de las declaraciones escatológicas', en *Escritos de Teología IV* (Madrid 1964) pp. 411-39. "La tesis fundamental... consiste en que el futuro auténtico... en su proyecto prospectivo... es conocido desde dentro de la experiencia presente de la salvación" (p. 435). J. Alfaro, 'Escatología, hermenéutica y lenguaje', en *Salmanticensis* 25 (1980) pp. 233-46. "Solamente se podrá hablar significativamente sobre el 'éscaton' cristiano, en sí mismo todavía escondido, si ya en el presente hay signos anticipadores de ese 'último' por venir. El lenguaje escatológico no podrá ser sino el lenguaje proleptico de la esperanza" (p. 235).

siempre nos precede sino también el ámbito dentro del cual caminamos. Pues bien, dentro de este horizonte escatológico se descubre también la realidad del juicio y del infierno. El evangelio de Jesús implica un juicio: salvación o ruina. El don recibido se mide también por el abismo de la pérdida. Un cristianismo, donde la escatología incoada y consumada no cumpla el cometido desempeñado claramente en la Iglesia primitiva, es claudicante y poco serio. Espera al pueblo peregrino un descanso; y para los infieles hay un riesgo de perdición definitiva. Las encuestas sobre la situación religiosa contemporánea nos muestran el desnivel entre el reconocimiento de la existencia de Dios y la esperanza más allá de la muerte, muchos aceptan a Dios y niegan el "más allá". Esto constituye un interrogante a la Iglesia, y le señala una tarea imprescindible en la iniciación cristiana.

También el proceso de conversión y de fe descubre al Padre de nuestro Señor Jesucristo. Si en Jesús hemos conocido la obra de Dios para nosotros, entonces somos conducidos por el Espíritu de Jesús a invocarlo como nuestro "Abba". También el hombre secularizado y ateo puede iniciar la fe cristiana. El camino no presupone la fe; es un camino para recibirla. Más tarde la Iglesia entregará al catecúmeno el Sínodo de la fe y el catecúmeno se la devolverá profesándola en público y testificándola a la vista de su vida.

Este proceso de fe en la divinidad de Jesús, en la Vida Eterna, en Dios como Padre se refleja efectivamente en los miembros de la comunidad. En algunos con una radicalidad sorprendente, ya que arrancan prácticamente de cero. Al principio nada se exige del que comienza el camino sino que escuche con un corazón abierto la Palabra de Dios. Esta Palabra será como el germen de la fe y de una criatura nueva (cfr. 1 Pe 1, 23); y en la medida en que crece el hombre renacido del Espíritu (cfr. Jn 3, 1 ss.), será posible y deberá acreditar con las obras la vida nueva. La actuación del Espíritu de Jesús se manifiesta en el amor en la forma y en la medida de la cruz.

### c) *La comunidad como realización de la Iglesia*

La predicación kerigmática tiende a la constitución de la comunidad, para que en ella como en un seno materno sean los catecúmenos gestados en la fe. No son un ciclo de charlas sin prolongación, sino el punto de partida de un proceso comunitario. La comunidad neocatecumenal no es un grupo espontáneo, ni una "comunidad de base", ni una asociación católica, ni un movimiento de espiritualidad, ni un grupo de élite dentro de la parroquia.

La comunidad neocatecumenal es la Iglesia de Jesucristo que se realiza en un lugar determinado. Allí donde se proclama la Palabra de Dios, donde se celebran los Sacramentos del Reino, cuya "fórmula concentrada" es Jesús resucitado, donde en concreto los hombres se encuentran como hijos de un mismo Padre y como "aproximados" en Jesucristo... allí se hace presente y realiza y manifiesta la única Iglesia de Dios, santa, católica y

apostólica. En este sentido Iglesia local puede ser la catedral del obispo, la parroquia presidida por el párroco y la comunidad cristiana más pequeña presidida por un presbítero en comunión con su obispo (cfr. *Lumen Gentium*, 26; *Sacr. Concilium*, 41-42). El haber dado tanto relieve a la comunidad local que cree, celebra la Eucaristía, vive en fraternidad y de esta forma cercana es signo para los hombres constituye una de las novedades de más largo alcance del Vaticano II<sup>10</sup>. La comunidad neocatecumenal es una realización local de la Iglesia infra e intraparroquial. La eclesialidad constitutiva de la condición cristiana pasa por la comunidad, que crece en el ámbito parroquial que está en comunión con el obispo de la diócesis. En este punto es claramente perceptible la perspectiva conciliar. Sin el Vaticano II no habría sido pensable el camino neocatecumenal como comunidades, que es en la Iglesia.

La comunidad está siempre presidida por un presbítero, está insertada en la parroquia, y para abrir el camino neocatecumenal en una diócesis reciben los catequistas el encargo del obispo. El los acoge y los envía. Las relaciones de los catequistas con el obispo y con el párroco son siempre transparentes. No existe la mínima ambigüedad por lo que se refiere a la comunión eclesial. No hay una doble jerarquía en la comunidad: una que iría desde Kiko, pasando por los catequistas de la comunidad y llegaría al responsable de la misma, y otra que partiendo del obispo pasa por el párroco y eventualmente (si hay más de una comunidad en la parroquia) al presbítero de la comunidad. El camino neocatecumenal es un instrumento de Dios para la reconstrucción de la Iglesia aquí y ahora; los catequistas son enviados por el obispo y trabajan en comunión con el párroco. Donde se abre el camino, ellos asumen la responsabilidad de conducirlo a término; una vez que los catecúmenos renuevan las promesas del bautismo, han cumplido su tarea los catequistas, y le presentan al obispo esos cristianos adultos. Caso de surgir algún conflicto, los catequistas sólo piden que si continúa el camino neocatecumenal sea sin adulterar; si por la actitud del párroco esto no es ya posible, se retiran de la parroquia definitivamente los catequistas. Sería incomprensible que éstos utilizaran formas de presión o maniobras oscuras contra el párroco, o que el párroco se aprovechara del grupo creado en la parroquia para orientarle por caminos personales suyos, aunque legítimos en principio, pero distintos de aquéllos para los que él llamó a los catequistas y un grupo de personas se constituyó. Por supuesto, no están excluidos los conflictos, pero la mutua comunicación los resuelve. En última instancia el obispo tiene la palabra.

La Iglesia, que se va construyendo en la comunidad, es el "cuerpo visible de Cristo resucitado". Aparece como el signo de que el poder de Jesucristo vencedor de la muerte rompe las barreras entre los hombres y crea la "koinonía", la comunión. "Si nos amamos, es que resucitó", dice uno de los primeros cantos del camino neocatecumenal. "Nosotros sabe-

---

<sup>10</sup> Cf. K. Rahner, 'Das neue Bild der Kirche', en *Schriften zur Theologie* VIII (Einsiedeln 1967) pp. 333-37.

mos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos" (1 Jn 3, 14). La Iglesia es el "cuerpo", es la magnitud social, donde se manifiesta ante el mundo que la muerte está vencida para los que creen en Dios que resucitó a Jesús y se dejan conducir por el Espíritu del Resucitado. La Iglesia hace ver que la fe toma cuerpo y que la promesa de Dios se acredita históricamente.

La Iglesia es al mismo tiempo comunidad reunida y realidad confesada en el símbolo de la fe en conexión con el Espíritu. Creemos en el Espíritu Santo, que habita, sostiene, actúa en la Iglesia. La Iglesia es el espacio de la presencia y acción del Señor Jesús por medio de su Espíritu. En la unidad indisoluble de comunidad y de "medio de salvación" es la Iglesia "sacramento de salvación". El catecúmeno va descubriendo poco a poco las dos perspectivas. Uno de los descubrimientos más sorprendentes es que pasado algún tiempo en el camino el cristiano comienza a comprenderse como "parte de un todo", como miembro de una comunidad. Con vigor experimentará que no hay posibilidad de ser cristiano sin la Iglesia, que él encuentra concretamente en la comunidad. Comienza a tomar como tarea propia la comunidad. La Iglesia va naciendo poco a poco en su alma, y así rompe su individualismo religioso. Pasa de considerar a la Iglesia como una organización de servicios religiosos a considerarla como una comunidad de hermanos, por los que debe preocuparse también. Son los "domesticos fidei", de que hablaba San Pablo (cfr. Gá 5, 10). Y además de este crecimiento en la fe y la conversión junto con otros hermanos, descubre la fuerza nutricia de la Iglesia. La Iglesia, en la comunidad, comienza a ser considerada como una madre que gesta en la fe. Dentro de la Iglesia, a la que comienza a amar, ha recibido el Espíritu de Jesucristo que le va rehaciendo por dentro. La imagen, que en otros tiempos pudo tener de una Iglesia con un aparato grande y vacío, se quiebra. Va amando su pasado, se siente embarcado en la misma nave y se responsabiliza de su futuro. Este descubrimiento de la Iglesia, que fue un contenido fundamental del catecumenado primitivo<sup>11</sup>, es un hallazgo fecundo.

Entra en la comunidad el que acoge en su vida el kerigma predicado y desea hacer un camino de fe y de conversión. No hay otras condiciones. Hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, casados y solteros, cultos y analfabetos, ricos y pobres, curas y monjas... forman parte de la comunidad. Nadie es privilegiado (cfr. Gá 3, 27-29; Col 3, 11). No es un grupo especializado, del que se forma parte porque además de querer profundizar en la fe se pertenece al mismo medio estado de vida, etc. La comunidad es una "muestra" sociológica de mundo y es "cuerpo" diversificado de Jesucristo. El que todas las barreras de edad, sexo, cultura, dinero... sean abatidas y nazca la comunión es un indicio del poder de Jesucristo. Por este motivo es una llamada y un fermento para un mundo roto y dividido. Es bueno que pronto caigan los proyectos de comunidad que cada uno lleva consigo; este ideal se debe más a los sueños de cada uno que a la

<sup>11</sup> Cf. L. Bouyer, o.c., 77-96

acción que Dios quiere llevar a término<sup>12</sup>. Los jóvenes desde el principio del camino neocatecumenal han sido numerosos. Como dato general han prendido mejor las comunidades en los medios urbanos que en los rurales; quizá el anonimato de la ciudad protege en cierta medida la libertad del hombre; quizá la masificación padecida crea la necesidad de espacios más personales. Hay comunidades en algunos países, donde participan cristianos anglicanos y protestantes. Existen comunidades de paganos. Muchos miembros, que según confesión propia hicieron un itinerario de búsqueda, reconocen que han encontrado lo que sacia ya su espíritu.

Debido al carácter sacramental, puede ser la comunidad, que es la Iglesia de Jesucristo en este lugar determinado, sal, luz y fermento (cfr. Mt 5, 13 ss.; *Lumen Gentium*, 9). En ella se refleja y actúa la fuerza del Señor resucitado. La Iglesia existe por el amor que Dios tiene a todos los hombres. La Iglesia salva al mundo mostrando el amor al enemigo, hecho posible por el Espíritu de Jesús. Los signos a través de los cuales testificará a Jesucristo, y los hombres podrán reconocerle son el amor y la unidad. El amor, como Jesús nos amó, es decir, en la dimensión de la cruz (cfr. Jn 13, 34-35); y la unidad de los antes dispersos por el pecado (cfr. Jn 17, 21). Estos signos son perceptibles por todos los hombres; también por los que no tienen fe, por los alejados. En el fondo este camino cree que su sentido en el interior de la Iglesia está en mostrar el amor de Dios a los distanciados. Estos no son sensibles a ningún otro signo de Dios, sino a la forma nueva de relación entre los hombres que puedan ver con sus ojos. No basta el testimonio de un hombre suelto; se requiere la manifestación eclesial. El camino neocatecumenal es, por tanto, un camino de evangelización en nuestro mundo secularizado, descristianizado y descreído. Sólo una concordia clara entre fe y vida puede ser hoy signo atractivo e invitante. En este sentido es muy claro para las comunidades neocatecumenales que existe un "dentro" y un "fuera" de la Iglesia. Es absolutamente insuficiente un cristianismo puramente sociológico; y es equívoco hablar de un cristianismo anónimo. Otra cosa muy distinta es que sólo se salven los que entren a formar parte de la Iglesia. Dios está cerca de todo hombre y a todo hombre misteriosamente acompaña en su camino. La Iglesia está enviada como germen y signo del Reino de Dios a todo el mundo con el poder del Resucitado (cfr. Mt 28, 19). Pero en cuanto al número de los que se hagan discípulos no tenemos palabra del Señor. La Iglesia va ya salvando al mundo mostrando el amor al enemigo,

---

<sup>12</sup> "La hermandad cristiana no es un ideal sino una realidad divina" (D. Bonhoeffer, *Vida en comunidad* (Buenos Aires 1966) p. 17). "Innumerables veces, la comunidad cristiana se ha quebrantado por vivir de acuerdo con un ideal" (ibid., p. 17). "Sólo aquella comunidad que atraviesa la gran desilusión con todos sus aspectos desagradables y malos, comienza a ser lo que debe ser ante Dios, comienza a alcanzar la promesa en la fe que le fuera dada. Cuanto antes llegue esta hora de desilusión para el individuo y la comunidad, tanto mejor para ambos" (p. 18). "El que desea obtener más de lo que Cristo ha fundado entre nosotros, no anhela la hermandad cristiana sino que va en busca de cualquier experiencia extraordinaria de comunidad que le fue negada en otra parte; aporta deseos confusos e impuros a la hermandad cristiana" (pp. 16-17). El que va detrás de ese 'más' se resiste a aceptar en la comunidad el rostro humilde y pobre de Jesús, y se torna exigente ante Dios, ante el prójimo y ante sí mismo de forma desasosegada y peligrosa.



cargando con los pecados de los hombres que la rechazan, alegrando en su seno a todos los desgraciados, intercediendo sacerdotalmente a favor del mundo, haciendo suya la misión del Siervo de Dios.

La salud de la Iglesia se mide especialmente por el impulso apostólico. Una Iglesia tímida o pretenciosa es una Iglesia enferma. El apóstol sabe que Dios le ha indicado el último lugar (cfr. 2 Co 4, 7-12), que lleva en su cuerpo el morir de Jesús, que el Señor le precede en la misión, que es real el gozo en el rechazo padecido por el evangelio (cfr. Mt 5, 11-12), que el Espíritu habla a través de los enviados... Es admirable la capacidad apostólica del camino neocatecumenal. En 1968 pasó a Roma, y desde allí en estos años se ha extendido por todo el mundo. En esta difusión han sido determinantes los llamados "catequistas itinerantes", que, salidos de sus respectivas comunidades desde las cuales son sostenidos y a las cuales retornan de vez en cuando, han marchado atendiendo a las peticiones que se iban haciendo. Tres son las notas que caracterizan al apóstol, según la convicción del camino neocatecumenal: enviado por la Iglesia en sus presidentes, testigo de la resurrección por el encuentro personal con el Señor viviente y desprovisto de bolsa y de toda seguridad. Cuando se escuchan las experiencias de los casi mil itinerantes, que este verano hicieron por todo el mundo una experiencia de su misión, difícilmente se puede evitar el pensar que una situación histórica semejante estuvo en la base, por ejemplo de Mt 10. Se evangeliza para llevar a los hombres a la fe y a la conversión, para ayudar a reconstruir la Iglesia en nuestra generación a través del camino abierto por Dios. No se pretende aumentar la clientela, sino anunciar a Jesucristo muerto y resucitado como oferta gratuita de salvación para todos los necesitados de la tierra. Dado que estos itinerantes conocen de cerca el camino neocatecumenal como forma concreta de evangelización, si en un lugar no se les abre la puerta, marchan a otro.

La comunidad es el ámbito en que la Palabra de Dios resuena y actúa con poder; dentro de la Iglesia, cuya fe como Esposa de Jesucristo está garantizada y cuya comprensión está prometida por la unción del Santo, cobra vida la Escritura que se proclama. Palabra de Dios, Escritura e Iglesia forman una unidad indestructible, según la presentación teológicamente bien fundada que se hace en el camino neocatecumenal. En el origen de la Iglesia está —origen que se convierte en fundamento permanente de toda comunidad cristiana— el acontecimiento de Jesucristo vivo y resucitado que sigue hoy llamando a la fe y a la conversión. Al aparecerse Jesús vencedor de la muerte convoca de nuevo a sus discípulos y de esta forma nace propiamente la Iglesia. A éstos envía Jesús fortalecidos por el poder del Espíritu Santo para que sean sus testigos hasta el confín de la tierra llevando una palabra de salvación (cfr. Act 1, 8). Aquellos que creen el mensaje apostólico reciben el Espíritu Santo, se agregan a la comunidad preexistente en medio de la cual vive Jesucristo resucitado. La Palabra predicada es un acontecimiento, lleva poder, es germen de una creación nueva (cfr. Pe 1, 23-25). La Palabra de Dios es como lluvia que descende sobre la tierra y la fecunda (cfr. Is 55, 10-11). Lleva la fuerza de salvar al que la acoge y de juzgar al que la rechaza. La

Iglesia, por tanto, nace no de un libro sino de una palabra cargada con la fuerza del Espíritu Santo.

A los escritos ha precedido la vida de la comunidad cristiana: su actividad misionera, catequética, litúrgica, ética... En la Escritura se sedimenta la Palabra anunciada y la vida de la Iglesia. Y la Palabra precede, acompaña y desborda a la Escritura. El acontecimiento de Jesucristo vivo no se puede comprimir adecuadamente en unos escritos. En el Espíritu Santo, que anima a la Iglesia, es la Palabra de Dios generadora de hombres nuevos. Por este motivo la Escritura sin la Iglesia, sin una comunidad que es testigo de lo que anuncian, es letra muerta. Con la vivencia cristiana las Escrituras cobran vida; y a su vez el cristiano comprende que dentro de las Escrituras está también contenida su propia historia. Por este motivo escudriñando las Escrituras se escucha siempre la Palabra de Dios en Jesucristo y se encuentra al mismo Jesucristo como vivo (cfr. Jn 5, 39). Y al mismo tiempo descubre el cristiano una palabra dirigida personalmente a él. Jesús resucitado es el cumplimiento de las Escrituras, que a su vez se actualizan en la Iglesia. Por esta razón una asamblea cristiana, que proclama las Escrituras, es mucho más que el libro; es el ámbito donde el texto está bañado por la vida, por el Espíritu Santo<sup>13</sup>.

Dentro de la comunidad es gestado el catecúmeno en la fe. La comunidad es mucho más que la suma de los miembros que la forman; así efectivamente se descubre, ya que cada miembro recibe más de lo que los demás pueden darle. La Palabra que ha escuchado y que le ha puesto en movimiento se le vuelve llamada insistente, espejo del poder interior que la anima y realidad más vitalmente comprendida en la resonancia de los hermanos. Quizá hayan quedado en gran parte infecundas muchas formas de servicio de la Palabra (ejercicios espirituales, cursillos, charlas...) porque no ha habido comunidad dentro de la cual se escuchara su eco y fuera una y otra vez ofrecida a cada uno. La comunidad es el lugar primordial donde la Palabra de Dios es actual; su proclamación busca acogida y difícilmente no es acogida por alguien. Palabra de Dios e Iglesia van naciendo así inseparablemente en el corazón del catecúmeno. En este amplio contexto de Palabra, Escritura e Iglesia se comprende por qué al entrar en el catecumenado se pide a la Iglesia una realidad tan personal como la fe. El cristiano nace en la Iglesia. La experiencia de comunidad como atmósfera vital, como lugar de actualización de la Palabra de Dios, como espacio en el Espíritu de fe y de conversión... es una experiencia primordial del neocatecumenado. Si no se ahondan hasta llegar a estas realidades cristianas y a la organicidad afectiva que cada miembro va percibiendo, no se comprende en absoluto la originalidad y la riqueza de este camino. Nos quedaríamos en un plano más bien fenomenológico de lo que es una comunidad y de cómo funciona; se generalizaría hasta

---

<sup>13</sup> Cf. G. Zevini, 'Attualizzazione della parola di Dio nelle comunità e nei gruppi ecclesiali', en *Attualizzazione della parola di Dio nelle nostre comunità* (Bologna 1983) pp. 205-32, esp. 217-23; F. Voltaggio, 'La Parola di Dio nelle comunità neocatecumenali', en *Incontro con la Bibbia. Leggere, pregare, annunziare* (ed. G. Zevini; Roma 1978) pp. 187-91; Y. Congar, *La Tradición y las Tradiciones II* (San Sebastián 1964) pp. 251-333.

incluir en el mismo marco a comunidades o familias de comunidades bastante dispares. Es imprescindible para emitir un juicio suficiente tener presentes no sólo los aspectos psicológicos, sociológicos y de funcionamiento eclesial, sino también y sobre todo qué cristología, qué eclesiología, qué imagen de hombre, qué concepción de la misión cristiana... sostiene a una determinada comunidad<sup>14</sup>.

En el interior de la comunidad van apareciendo, en la medida que cada cristiano se deja recrear por la Palabra de Dios, diversos ministerios y carismas. La Iglesia como cuerpo de Cristo resucitado tiene muchos miembros; y en cada uno de ellos se manifiesta el Espíritu para común utilidad. Presbítero, diácono, responsables, catequistas, cantores, lectores, ostiarios, viudas, vírgenes, casados, etc. La común vocación cristiana reverbera multiformemente en sus miembros. Unos ministerios y carismas ya recibidos se redescubren y otros se descubren como llamada personal. El presbítero aprende a resituarse dentro de una comunidad eminentemente activa; junto con los demás está en un camino de conversión y de fe; y para los demás representa a Cristo como Cabeza y Pastor. Los casados descubren la grandeza cristiana del amor matrimonial y la dignidad otorgada por Dios de colaborar en la transmisión de la vida humana. Su familia está llamada a convertirse en una "iglesia en pequeño". El responsable no es un paralelo del presbítero en la presidencia de la comunidad; su misión es, por una parte, enlazar con los catequistas de la comunidad para custodiar la fidelidad del camino, y por otra preocuparse de todos los elementos organizativos y de funcionamiento de la comunidad. Hay miembros que descubren la vocación al ministerio presbiteral y comienzan a estudiar teología en contacto con un obispo y con su seminario. Hay miembros que descubren la llamada de la vida religiosa. Hay miembros que descubren una forma especial de apostolado seglar; porque, además de la participación común de todos los laicos en la misión salvífica de la Iglesia hay formas específicas, individuales o asociadas, de desempeñar la misión pedida por Dios<sup>15</sup>. No se puede identificar el apostolado laical con sus formas asociadas; por otra parte podemos ser insensibles a las necesidades del apostolado asociado. Por esta razón, aunque en el postconcilio no hayan florecido los movimientos apostólicos, no se debe concluir

<sup>14</sup> "Aunque incompleta y necesitada de ulteriores profundizaciones y enriquecimientos dicha evaluación (de aspectos negativos y positivos en las diversas comunidades cristianas de la Iglesia española) puede constituir, de momento, un punto de referencia suficientemente objetivo y extenso... De intento presentamos entremezcladas cuestiones antropológicas, sociológicas y eclesiales, dado que así es como se presentan a los ojos del observador en la vida de las pequeñas comunidades" (*Servicio pastoral a las Pequeñas Comunidades Cristianas*. Documento de la Comisión Episcopal de Pastoral, en *Ecclesia*. n. 2073 (10 y 17 de abril 1982) n. 11, p. 19).

<sup>15</sup> Cf. *Lumen Gentium*, n. 33 y *Apostolicam Actuositatem*, nn. 15-22. Comenta G. Philips, a propósito del n. 33 de LG: "Fuera de esta misión que incumbe a todos los seglares sin distinción, existe para algunos de ellos una vocación especial que los pone más directamente al servicio de la jerarquía. Por más extraño que parezca, el terreno está aquí sembrado de lazos. Con todo, la existencia de semejante vocación, ligada sin duda alguna al terreno carismático, no puede ponerse en discusión" (*La Iglesia y su misterio en el Vaticano II*. Historia, texto y comentario de la constitución *Lumen Gentium II* (Barcelona 1969) p. 43). El subrayado es del autor.

que no haya habido actividad apostólica de los seglares; e incluso a veces espléndida. Las comunidades neocatecumenales se mueven dentro del apostolado común inherente a todo cristiano. Por este motivo en el proceso catecumenal hay una iniciación real a la evangelización; dentro del catecumenado es constitutiva la actividad misionera. Pero esa iniciación no se identifica con la iniciación apostólica especializada que practican los movimientos apostólicos. Así como poco a poco hay miembros que descubren la llamada al presbiterado, o a la vida religiosa, así hay miembros que descubren la vocación concreta a participar en formas específicas de apostolado seglar, por ej., en caritas.

Concluamos este apartado de las grandes intuiciones de fondo, que caracterizan al camino neocatecumenal. *Kerigma*, *camino* y *comunidad* son las tres dimensiones, que vertebran esta iniciativa suscitada por Dios en la Iglesia para contribuir en la renovación de la Iglesia y en la salvación del mundo. Las tres dimensiones están mutuamente referidas. El anuncio abre un camino de conversión y crea la comunión entre los que acogen esa palabra de salvación. A su vez dentro de la comunidad se recibe la fe o se desarrolla la fe; y se va haciendo el descenso y la "kénosis" a nuestra realidad muchas veces desconocida y rechazada. No hay dinamismo catecumenal sin la Iglesia, que a través de los enviados por el obispo llevan adelante el camino.

## 2. Descripción del Camino Neocatecumenal

Hemos visto las grandes intuiciones que alimentan y sostienen el camino neocatecumenal. Sólo descendiendo a ese nivel se comprende su originalidad, que teológicamente está bien centrada, y que ha recogido armónicamente las realidades cristianas fundamentales. Por supuesto, hay unos acentos determinados, que en el interior de la comunión eclesial no sólo son legítimos sino fecundos. La descripción que haremos brevemente a continuación sobre las diversas etapas del camino supone lo dicho hasta ahora.

El camino neocatecumenal es gradual, aunque sea una expresión pleonástica. Se acomoda al ritmo de conversión y de vitalidad de la fe en las personas; sabe esperar sin exigir; y sabe urgir sin forzar. Esta gradualidad no significa graduar el evangelio, sino iniciar progresivamente en la riqueza y en las exigencias totales del mismo. El evangelio es un todo y nadie está legitimado para rebajarlo; pero es un deber de la pastoral presentarlo pedagógicamente. El camino es ciertamente largo. No se trata de quemar etapas sino de encontrarse profundamente con Jesucristo resucitado. A veces los pastores expresan su inquietud porque parece prolongarse indefinidamente. Es comprensible esta inquietud. Pero conviene tener presente que la madurez en la fe, necesaria para la adultez cristiana y la acción apostólica, es lenta. A un candidato al ministerio sacerdotal se le piden bastantes años de preparación espiritual, teológica y apostólica; a una religiosa, antes de incorporarse plenamente a la actividad de su familia espiritual, se exigen noviciado y juniorado. ¿Es tan extraño que a un cristiano se pida un cierto tiempo para su mayoría de

edad? Hay a veces una impaciencia que refleja escasa comprensión de la seriedad de la vocación cristiana seglar. Además no advertimos que el punto de partida es o la increencia, o la desafección personal, o el espíritu anticristiano del mundo, o la religiosidad natural incapaz de resistir la fuerte secularización ambiente, o el moralismo perfeccionista de sabor farisaico, o la impregnación política de la fe en un sentido o en otro... Para que en esta situación nazca el hombre cristiano adulto, realista y esperanzado, humilde y atrevido, fraternal y "místico", testigo en medio del mundo... se requiere tiempo. Además, no se espera a terminar el catecumenado para que vaya actuando el cristiano poco a poco dentro de la Iglesia y en el mundo. La iniciación dosifica también las acciones, que son elementos integrantes de esa misma iniciación. Seguramente con el tiempo se simplificarán las etapas, se reducirá la duración del catecumenado, se aligerarán las actividades, se facilitarán las preparaciones. Los inicios llevan consigo ciertos tanteos y lentitudes. Se hace camino al andar. Lo importante es percibir si el contenido es denso y sustancial, y si existe apertura al leer los signos, las llamadas interiores y exteriores, las experiencias y las críticas.

Las distintas etapas, con cierta flexibilidad, están ya prácticamente fijadas. Su articulación va resultando del encuentro entre el catecumenado de la Iglesia primitiva y las experiencias recogidas en las comunidades pioneras<sup>16</sup>. El primer impulso creativo ha tomado ya cuerpo, pero no está cerrada evidentemente la búsqueda. El contenido de cada etapa sólo al terminar el catecumenado puede claramente conocerse, ya que la experiencia personal es insustituible, y además porque por discreción vige un cierto "arcano". Esto no es por afán de secretismo, sino por respeto al camino mismo, a las personas que recorren esa etapa y a las personas que vienen detrás. Como efecto secundario, no directamente pretendido, se constata que sirve para la cohesión de la comunidad. Cada grupo humano y cada grupo eclesial tiene su propia idiosincrasia, reesultante de muchos datos configuradores. Si se forzara a un despojo de estas peculiaridades, se habría generalizado la concreción y el grupo en cuestión habría perdido mordiente y vigor. Son éstas cosas secundarias comprensibles en el conjunto. Aquí precisamente se advierte si el genio creador ha abierto un camino peculiar con capacidad de identificación o ha amalgamado elementos de una parte y de otra sin unidad viviente.

Las primeras comunidades han terminado ya el camino. En la Vigilia Pascual del año 1983 renovaron las promesas bautismales los hermanos de la primera comunidad de la parroquia de Mártires Canadienses en Roma. El interrogante que se abre al terminar es el siguiente: ¿Dónde se insertan los cristianos que después de un largo neocatecumenado han

<sup>16</sup> Cf. A. Laurentin-M. Dujarier, *Catéchumenat, Données de l'histoire et perspectives nouvelles* (París 1969); C. Floristán, *El catecumenado* (Madrid 1972); M. Dujarier, *Brève histoire du Catéchumenat* (Abidjan 1980); D. Borobio, 'Catecumenado', en *Conceptos fundamentales de Pastoral* (ed. Floristán y J.J. Tamayo; Madrid 1983) pp. 99-120. En el *Ritual de la Iniciación cristiana de Adultos* (Roma 1976) fue precisado algún aspecto a la vista de una pregunta formulada por las comunidades neocatecumenales.

redescubierto las riquezas y la responsabilidad del bautismo? Porque en principio deben insertarse en la parroquia, en la iglesia local, en cuyo interior han sido madurados en la fe; pero la situación de nuestras parroquias es actualmente deudora de una imagen anterior de Iglesia. Más que Iglesia en forma de comunidad existe la Iglesia en forma de organización de servicios religiosos. Por esta razón tiene a veces más capacidad fermentadora el vino nuevo que la "madre" en cuyo seno se vierte. Será preciso esperar a que la parroquia se vaya renovando para que en el núcleo ya vigorizado se inserten los cristianos que terminen el camino neocatecumenal. Ya se columbra esta nueva realidad en las parroquias que poseen numerosas comunidades.

Todo el recorrido neocatecumenal se apoya en un "*trípode*": palabra, liturgia y comunión. Este trípode fue descubierto en la experiencia de las barracas, y coincide con las realidades constituyentes y con las acciones vitales de la Iglesia en un lugar determinado. La Palabra de Dios alimenta la fe, en la mesa eucarística, bendiciendo a Dios entramos en el dinamismo de Jesucristo muerto y resucitado, y así va naciendo la Iglesia como cuerpo del Señor. "En ellas (las legítimas reuniones locales) se congregan los fieles por la predicación del Evangelio de Cristo y se celebra el misterio de la Cena del Señor "para que por medio del cuerpo y de la sangre del Señor quede unida toda la fraternidad"<sup>17</sup> (cfr. Act 2, 42). La Palabra de Dios se proclama en comunión con los obispos, sucesores de los apóstoles, que fueron los testigos primordiales del Resucitado; la eucaristía se celebra dentro de esa misma comunión y así la comunidad local es Iglesia en sentido pleno. La marca apostólica en las tres realidades constitutivas de Iglesia —palabra, liturgia, comunión—, acredita la eclesialidad de la comunidad. Por supuesto, palabra, liturgia y comunión, son realidades potentes para actualizar el misterio de Jesucristo porque el Espíritu Santo está presente y actúa. El descubrimiento de las barracas: Palabra de Dios al ser acogida creaba la comunión y conducía a una liturgia como respuesta agradecida y gozosa, se prolonga en todas las etapas del camino. Con estos medios se hace la iniciación cristiana. La experiencia demuestra que el ámbito celebrativo crea un clima propicio a la receptividad de la Palabra de Dios.

En todas las comunidades se celebra la Palabra una vez a la semana; los sábados por la noche, abriendo el descanso dominical, se reúnen para la Eucaristía; y la comunión se propicia particularmente con una convivencia aproximadamente mensual, donde cada uno comunica a los demás la experiencia de su itinerario de fe; entonces se tratan eventuales cuestiones de la marcha de la comunidad.

Las convivencias son un medio importante en el camino neocatecumenal. Además de estas convivencias frecuentes de cada comunidad, hay otras para iniciar las diversas etapas del catecumenado, otras con catequistas locales y responsables de las comunidades para poner en marcha

<sup>17</sup> *Lumen Gentium*, n. 26°.

la catequización del año, otras de Kiko y Carmen, con los catequistas itinerantes. ... Estas últimas son muy eficaces para mantener la convulsión en la entera familia de comunidades neocatecumenales.

Las dos celebraciones litúrgicas son preparadas por sendos equipos de cuatro o cinco personas, que presentan con moniciones las diversas lecturas a la asamblea. Las celebraciones son particularmente cuidadas: cantos, luces, flores, altar, ambón, sede del presidente, sala de la reunión. ... Los signos litúrgicos son altamente estimados; y se percibe que su eficacia en la comunidad es grande. La sencillez no está reñida con la dignidad ni con la belleza. Antes de la homilía del presbítero son invitados los hermanos a que comuniquen los que quieran la resonancia que ha producido en ellos la Palabra proclamada. La oración de los fieles, una vez hechas las peticiones típicas, es espontánea. La celebración, sin perder el ritmo celebrativo, es lenta y sosegada.

El camino está jalonado de etapas, de escrutinios, de pasos, de exorcismos, de ritos. ... que no son un montaje artificial. La celebración que marca un paso, que cierra una etapa y abre otra, es elocuente por la confluencia de diversos factores. Es una celebración *simbólica*, donde los signos hablan su propio lenguaje; es una celebración a la que ha precedido una *catequesis*, generalmente durante una convivencia de varios días, y en la que se explica el significado y el alcance de los signos; es una celebración, en la que palpita la *existencia* del hombre que se ha visto implicada durante las catequesis y la marcha del camino. Es una celebración de la asamblea cristiana, donde el Señor por medio de su *Espíritu* está presente según su promesa. Así la celebración no es vacía por la actuación de Dios en Jesucristo por el Espíritu; no es arbitraria porque los símbolos hablan a las dimensiones más hondas del hombre; no es enigmática porque la catequesis ilumina con la Palabra de Dios a dónde apuntan los signos; y no es abstracta porque la existencia del hombre está en juego. La celebración no pasa al margen del centro personal del hombre creyente. Estos pasos señalan así con vigor cuál es la promesa de Dios para la siguiente etapa y cómo está emplazado el hombre en ese tramo del camino. Dios con su Espíritu abre el horizonte, que el hombre ya fortalecido puede obedientemente recorrer. Por ejemplo en la liturgia del primer escrutinio al celebrarse el rito de la signación de la cruz, cada hermano sabe cuál es la cruz de su vida, cómo la resurrección de Jesús la ha transformado en gloriosa y cómo en consecuencia podrá abrazarla con la certeza de que la encontrará iluminada.

He aquí las etapas del camino neocatecumenal.

#### a) *Etapas kerigmática*

Todo comienza cuando un párroco expresa el deseo de abrir en su parroquia el camino neocatecumenal. Entonces se desplaza un equipo de catequistas, que en la misa dominical son presentados por el párroco a sus fieles; se dirigen a todos para invitarles a una catequesis de adultos. Por otros medios se da a conocer también en el ámbito de la parroquia la

noticia de la existencia de esas catequesis. Esta primera etapa, que dura unos dos meses, con dos catequesis semanales, consta de tres partes. La primera, después de haber situado a los oyentes, tiene su punto culminante en el anuncio de Jesucristo vencedor de la muerte y de todo lo que está bajo el signo de la muerte en la existencia del hombre. De modo impresionante se conecta la resurrección de Jesucristo y la oferta de una existencia libre para todo el que crea y se convierta. La primera parte termina con una celebración penitencial, cuyo significado eclesial se ha puesto antes de relieve.

En la segunda parte se inicia a la Palabra de Dios, anunciando el kerigma a través de la Escritura. Abraham es una palabra fuerte; es el paradigma de lo que significa creer y de cómo Dios ha provisto al pedir la muerte de Isaac. "Por la fe Abraham, sometido a la prueba, presentó a Isaac como ofrenda... Pensaba que poderoso era Dios aún para resucitar de entre los muertos. Por eso lo recobró para que Isaac fuera también figura" (He 11, 17-19). El éxodo de Egipto muestra también el poder de Dios que rompe todos los cercos de la muerte: de la esclavitud del faraón es liberado el pueblo, pasa a través del mar, en el desierto "grande y terrible" es alimentado, recibe el don de la tierra prometida... Se insiste en la actualidad y el poder de esta Palabra. Ahora se rompen también tus cadenas, si invocas al Señor que tiene dominio sobre todo lo que esclaviza. De esta forma ya en la Escritura aparece atestiguado el poder de Dios que resucitó a Jesús de la muerte y que se ha hecho camino en medio de la muerte para todos los que creen. En la celebración de la Palabra, a la que precede una catequesis sobre la relación entre Palabra-Escritura-Iglesia, reciben los asistentes de manos del obispo la Biblia.

Por fin, en una convivencia de un fin de semana se inicia a la celebración de la Eucaristía a través de unas catequesis y de una celebración solemne, festiva y ampliamente participada. Para todos esta celebración es una novedad insospechada. Las catequesis hacen ver la conexión de la Eucaristía cristiana con la Pascua judía (el trasfondo judío, no sólo como "diccionario" para comprender el origen de muchas realidades cristianas, sino sobre todo como camino histórico-salvífico que nos conduce a la plenitud que es Cristo, se pone de relieve a lo largo del neocatecumenado), y acentúan el carácter de bendición y de acción de gracias por la intervención de Dios que pasa sacando de la muerte a la vida, de la esclavitud a la libertad, del temor a la paz, de las tinieblas a la luz, de la tristeza al gozo. En la convivencia se presenta el camino neocatecumenal para que todos sepan de qué se trata, y se expone la misión de la Iglesia que es la misión del Siervo de Dios. El sermón del monte será para el cristiano el espejo del hombre nuevo. Con los disponibles a caminar se constituye la comunidad, eligiéndose el responsable y corresponsables. El párroco es el presbítero de la primera comunidad de su parroquia. Todos recibirán la primera sorpresa al encontrarse de nuevo para la próxima celebración, ya que secretamente están dudando de lo que están viendo. Sospechan que la temperatura de la convivencia ha enardecido a todos, pero que puesto tiempo por medio y marcadas las distancias pronto se enfriará. He aquí, en cambio, que inician un camino cuya continuidad será un signo de su capacidad de cohesión y de su sustancia nutritiva.



### b) *Pre catecumenado*

Caminan celebrando la Palabra de Dios, que preparan por equipos siguiendo los temas del Vocabulario de Teología Bíblica de X. Léon-Dufour. Se va entrando lentamente en la Escritura por el conocimiento y por la vivencia como accesos inseparables. La Eucaristía del sábado es la misma del domingo, que ya se anticipa para introducirnos en el descanso del Señor. Las lecturas, así empiezan a expresarlo, sin percibir aún todo su alcance, son las que la Iglesia nos propone. Puede sospecharse las primeras reacciones de muchos al entrar en contacto con la Biblia. Ha habido personas que han aprendido a leer para poder acercarse a la Escritura. Lentamente, pacientemente, en medio de la comunidad, recibirán de la Iglesia la llave para entender y alimentarse de este libro, antes sellado para ellos. En esta etapa sienten, por una parte, el gozo de escuchar juntos y de ver que comienzan a renacer personas destruidas; y, por otra, van descubriendo que no tienen tanta fe como pensaban los cristianos de siempre, ni aman tanto como creían los más asiduos cumplidores. La comunidad como un campo donde chocan los egoísmos de todos, los proyectos de cada uno y los personales caprichos, es un espejo para conocerse a sí mismos. Cae de esta forma el ideal de comunidad que cada uno se había forjado. Todos tienen sus personales quejas. Pronto advierten de que están ante la siguiente alternativa: o este tinglado inevitablemente se hunde o la comunidad tiene que ser construida por Dios. Así van sintiendo la necesidad de que les nazca un corazón nuevo, capaz de amar también al molesto e insolente, y de que su fe demasiado infantil sea conducida a la maduración. La fe, sembrada en el bautismo como una semilla, no se ha expansionado a la estatura del hombre.

Esta etapa, que dura aproximadamente dos años, termina con una convivencia. La convivencia con sus oportunas catequesis, encuentros por grupos, y reflexión personal culmina en el primer escrutinio en el marco de una celebración prebautismal, donde cada uno, si desea pasar adelante, inscribe su nombre en la Biblia de la comunidad, pide a la Iglesia la fe para alcanzar la Vida Eterna, muestra su disponibilidad a recibir el Espíritu Santo y es marcado con la cruz gloriosa de nuestro Señor Jesucristo. La Iglesia, morada del Espíritu, acoge a los que terminan de dar este paso bajo su custodia maternal. Ella, con su protección, los guiará hasta la renovación del bautismo. El catecumenado no es un tiempo puramente cronológico, que se pudiera arbitrariamente alargar o encoger, ni es un tiempo en el que se repite siempre lo mismo; es un período con contenido rico y variado que según las etapas se propone a la asimilación de hombres sumergidos en la historia. Se tarda tiempo en descubrir qué es creer, se tarda tiempo en descubrir el misterio de la Iglesia, se tarda tiempo en descubrir la verdad del sermón del hombre realizable por el Espíritu, se tarda tiempo en pasar de una existencia egoísta a una existencia servicial, se tarda tiempo en descubrir que el dinero no es el "señor" que verdaderamente salva... Y estos descubrimientos deben hacerse con una cierta consistencia durante el período catecumenal, pues de ello precisamente se trata. Más adelante, ya terminado el catecumenado, se profundizarán estas actitudes básicas del cristiano.

c) *Paso al catecumenado*

Es una etapa que se llama de humildad, de descenso a la propia realidad; es decir, de conocimiento, reconocimiento y aceptación de la situación personal. Más fácil que la aceptación de la realidad es la protesta contra ella y la reivindicación del cambio. Por supuesto, no deben mutuamente excluirse estas actitudes; la realidad del hombre es una mezcla de providencia divina, de decisión personal, de condicionamientos históricos y de influencia social no siempre positiva. La providencia de Dios no es un factor connumerable con los otros; más bien, a todos abarca y se realiza a través de todos; es decir, la providencia es trascendente en la inmanencia (X. Zubiri). El camino neocatecumenal es especialmente sensible a ver la voluntad de Dios en el acontecer diario y a comprender que Dios nos muestra su amor en nuestra situación presente y en nuestra historia pasada. Nada ha ocurrido y ocurre por casualidad. El realismo teológico es una actitud saludable para no escapar de la realidad personal por acusaciones a terceros, incluido también Dios. La reconciliación con Dios a la vista de nuestra historia, pasando de la murmuración como el pueblo de Israel en el desierto a la bendición porque todo lo hace bien y es eterna su misericordia, es un paso trascendental. Sólo de esta forma estamos saneados para luchar contra el mal en nuestro mundo. Esclarecer este fondo personal constituido por un nudo de "necesidad divina (cfr. Mc 8, 3; Lc 24, 26-44), de salario del pecado cometido que paga con "muerte", de condicionamientos constitutivos de la libertad humana, de condición social del hombre que inserta en ambientes favorecedores o negadores de oportunidades para el bien... es justamente conversión.

El "*Shemá*", es decir, el reconocimiento vital de la unicidad de Dios, es el mensurador de la conversión afectiva. Al candidato al catecumenado contestó el presidente en la celebración del primer escrutinio: Si quieres alcanzar la Vida Eterna, amarás al Señor tu Dios con tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas y al prójimo como a tí mismo (cfr. Lc 10, 27). Pues bien, el candidato deberá probar que sólo Dios es el Señor renunciando significativamente al dinero. Hay aquí un realismo, que contrasta con todas las acusaciones fáciles de "angelismo". El dinero es el primer competidor de Dios en la existencia del hombre (cfr. Mt 6, 24). No es difícil analizar el dinamismo "atóo", esclavizador del hombre y destructor de la fraternidad humana que ejerce este "poderoso caballero". Si en el proceso del hacerse un cristiano queda intocada la relación con el dinero, es necesario reconocer que ese camino es superficial y en el fondo irreal. A este centro se refiere este "paso al catecumenado", que se recuerda en un alto en el camino llamado "convivencia del shemá".

A veces las comunidades neocatecumenales son tachadas de "angelismo", de abstracción y de ingenuidad ante la compleja trama socio-política del hombre. En todo caso no existe en este punto inconsciencia en el camino neocatecumenal; más bien, ha percibido con mucho vigor de una forma concreta la miseria del hombre y su regeneración. Por lo demás cabe preguntar, ¿fue San Pablo "angelista" cuando escribió lo que escribió en la carta a Filemón? ¿No se quiebra en la raíz la esclavitud

cuando amo y esclavo viven como hermanos en la misma comunidad de trabajo, el único señorío de Jesucristo? ¿No contrastan a veces tantas proclamas "realistas" y la patente esterilidad de ciertos grupos cristianos?

La celebración de la Palabra de Dios en esta etapa de paso al catecumenado, que dura aproximadamente dos años, tiene como contenido las grandes realidades de la historia de la salvación: Abraham, Exodo, Desierto, Alianza, Tierra prometida, Reino, Exilio, Profetas, Creación, Mesías, Resurrección, Iglesia, Parusía. A través de cuatro semanas es iniciada la comunidad en cada tema. No se pretende instruir en cultura bíblica, sino que la Palabra de Dios se convierta en pan. Esta intención no-cultural tiene a veces un "retintín" polémico para insistir en lo primordial: el encuentro con Jesucristo; pero esto no equivale a excluir el estudio como tal de la Escritura y de la tradición de la Iglesia. Siempre se hacen explícitamente las preguntas de cómo tal realidad se refiere a Jesucristo y cómo afecta concretamente a tu vida. La lectura cristológica y existencial de la Escritura son constantes. Se parte de la certeza de que en la Biblia se contiene la Palabra de Dios, que cobra vida en la Iglesia y en cada cristiano; y se confía en que Dios habla aquí y ahora buscando acogida creyente. También nosotros somos destinatarios de la Palabra de Dios y estamos llamados a dejarle espacio para que tome cuerpo en nosotros. La lectura de la Palabra es profundamente personal y eclesial y, por el ministerio de la Iglesia, en que se apoya autorizada; la homilía del presbítero, la predicación del obispo y los documentos del Magisterio expresan para la comunidad ese carácter autorizado.

Esta etapa termina en el segundo escrutinio. En un rito, iluminado por unas catequesis sobre las tentaciones de Jesús y de Israel, se renuncia a los bienes según pide el evangelio a los discípulos y se entrega un signo elocuente de que sólo en Dios se busca la vida. En el primer escrutinio se había entregado el Espíritu para que con sus dones se pudiera amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo en la dimensión de la cruz; pues bien, ahora se interroga sobre la negociación con aquellos talentos en la lucha con el poder del dinero. No es fácil que el hombre se emancipe del hechizo ejercido por el dinero; y, por otra parte, en este desasimiento se expresa un paso necesario de la conversión cristiana. El dinero puede paralizar decisivamente el proceso de conversión; y su renuncia desencadena una libertad y un señorío admirables. En este rito se actualiza la renuncia a los ídolos y la adhesión al Señor, que quedan selladas por el bautismo (cfr. 1 Ts 1, 9-10). La invocación del Espíritu Santo está también en función del exorcismo por el que es liberado el catecúmeno para el seguimiento de Jesús. En el segundo escrutinio se recogen cantidades sorprendentes, entregadas de forma absolutamente libre, que se destinan a los pobres de la parroquia. La verdad de esta renuncia, el impulso apostólico, el gozo en la precariedad que se fía de Dios... son signos llamativos del camino neocatecumenal.

#### d) *Catecumenado*

Esta etapa, que dura varios años, se caracteriza por la simplicidad en las relaciones con Dios y con los hombres; cuando las tinieblas del corazón

se iluminan, todo el hombre se vuelve transparente y sencillo. Lo rebuscado y violento no son signos del hombre convertido. Va naciendo dentro del catecúmeno un "niño", una criatura nueva que es fruto de la fe y del Espíritu, confiado en Dios, consciente de su debilidad y que renuncia a juzgar al hermano. Busca y pide a Dios un corazón que no sea altanero.

Cuatro realidades ha entregado la Iglesia desde el principio a los que desearon entrar en su casa: el símbolo de la fe, el Padre Nuestro, los mandamientos de Dios que se resumen en el "shemá" y en amar al prójimo como a uno mismo, y los sacramentos. Pues bien, estas realidades son también entregadas por la Iglesia a los neocatecúmenos, que deberán devolverlas después de haberse identificado con ellas. En momentos sucesivos se iniciará a orar, como Jesús enseñó a sus discípulos; se entregará el credo apostólico, en el que se ha sedimentado la predicación de los apóstoles, como "símbolo", como signo distintivo de la fe del cristiano. Estos momentos de iniciación tienen lugar en la etapa presente.

Las celebraciones de la Palabra giran en torno a personajes bíblicos (Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés...). Es otra forma de encontrarse el catecúmeno con la Palabra de Dios, de internarse en la Escritura y sobre todo de hallar en ella a Jesucristo como Señor resucitado. La Escritura a través de personas concretas nos transmite la palabra; Abraham es la fe; Jacob es la elección; José es la providencia; Moisés es la conducción del pueblo...

Los catecúmenos son iniciados en la oración cotidiana, que será para ellos un arma poderosísima contra los asaltos del Maligno (cfr. Ef 5, 10 ss.). Diariamente necesita revestirse de las armas de la luz para resistir en el combate con los enemigos que le quieren apartar del seguimiento de Jesús y de la fidelidad. Se les hace entrega de los Salmos, del Libro de las Horas. En celebraciones domésticas, por grupos, son escrutados los salmos, ayudándose de las notas, lugares paralelos y otras referencias de la Biblia de Jerusalén. Entre todos buscan la relación que cada salmo tiene con Jesucristo y cada uno confronta la propia vida con el salmo proclamado. Así se van conociendo los salmos, y se convierten en expresión personal de petición, acción de gracias, alabanza, lamentación... de los catecúmenos. La Iglesia hizo de ellos, sin cambiarlos, su oración oficial; y ahora, enriquecidos por la lectura cristológica y personal, los iniciados reciben de la Iglesia ese valiosísimo libro de oración. A partir de la entrega de los salmos empiezan los catecúmenos a rezar Laudes todos los días antes de comenzar la jornada. Los domingos participan los hijos en esta oración; y en catequesis sencillas van transmitiendo los padres la fe a los niños. Colaboran en la parroquia en catequesis de primera comunión, confirmación, bautismo, matrimonio, etc.

Pasado un año de la entrega de los salmos entrega la Iglesia a los catecúmenos el "símbolo de la fe". Esto recuerda la "traditio" y "redditio symboli" de la Iglesia primitiva. Cada artículo del credo es estudiado, personalizado y celebrado comunitariamente. Cada uno debe responder si cree en esa proposición de la fe y por qué cree. La respuesta al kerigma no se agota en la acogida del Señor como Salvador; se requiere, además,

que los contenidos de la fe se expliciten y se reciban. La "fides qua", es decir, la actitud creyente por la que apoyamos la propia existencia en Dios, anima en su dinamismo y se concreta en la "fides quae", es decir, en los contenidos de la regla de la fe<sup>18</sup>. No basta, para poder testificar la fe, remitirse sin más a la autoridad de la Iglesia; se precisa atestiguar personalmente la incidencia de la fe en la propia existencia. Sólo de esta forma puede el cristiano ser testigo. Antes podía hablar sólo de oídas; ahora comienza a creer porque ha "visto" a Dios en su historia (cfr. Job 42,5). Evidentemente, la medida de la confesión del credo no es la experiencia singular, sino la fe de la Iglesia que ascendiendo de generación en generación ha convivido con Jesús y ha recibido su visita en las apariciones como Resucitado; pero sin el reflejo claro, sincero y auténtico de esa fe que se hace convicción personal no puede nacer el apóstol (cfr. 1 Co 9, 1).

Los catecúmenos son ahora llamados a confesar su fe. "Yo os digo: por todo el que se declare por mí ante los hombres, también el Hijo del hombre se declarará por él ante los ángeles de Dios. Pero el que me niegue delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios" (Lc 12, 8-9). Son enviados de dos en dos, de acuerdo con el párroco que lo comunica a los feligreses, a visitar las familias de la parroquia anunciándoles la paz en nombre de Jesucristo resucitado. Se incorporan de esta manera a la misión evangelizadora de la Iglesia. En la misión, a la que marchan con miedo y sin defensas humanas, comprenderán cómo a los apóstoles Dios ha reservado el último lugar, cómo hay un gozo inefable en ser rechazados por el Nombre de Jesús, cómo Dios abre los oídos de los oyentes y cómo se agradece un vaso de agua dado como a enviados de Jesús. De esta forma, aunque en pequeña escala, se participa en la proclamación pública del evangelio, rompiendo toda reclusión en el santuario de la conciencia o en el ámbito de la comunidad. Y de esta forma se van asimilando las actitudes apostólicas, en las cuales también deben ser iniciados los catecúmenos.

San Agustín nos ha conservado en este contexto catecumenal de confesión de la fe un pasaje impresionante donde recuerda lo que le contó Simpliciano a propósito del filósofo Victorino, que se había convertido al cristianismo en el corazón y que comunicaba su decisión en secreto al propio Simpliciano, pero todavía sin el valor suficiente para confesar la fe en la asamblea de la "plebe santa". Por fin, cuando ya no se avergonzaba de los "sacramentos de humildad del Verbo" dijo decididamente a Simpliciano: "vamos a la Iglesia, quiero hacerme cristiano". Y Victorino, con gozo de la comunidad cristiana, y con admiración de Roma, hizo públicamente la confesión de la fe<sup>19</sup>. Efectivamente, romper la clandestinidad de

<sup>18</sup> Cf. H. De Lubac, *La fe cristiana* (Madrid 1970) p. 151 s.: "La fe personal es al mismo tiempo —y con toda necesidad— fe objetiva, creencia. Para no quedarse en formal y vacía, para existir, le es preciso nutrirse con esta creencia. La supone, la integra y la engloba, haciéndola participar de su carácter personal". La fe no es un desnudo apoyarse en Dios o un acto de confianza en El sin consentir en la historia salvífica confesada en el credo.

<sup>19</sup> Cf. *Confesiones*, 6 ed., VIII, 2, 3-6 (BAC, Madrid 1974 (ed. de A. Custodio Vega) pp. 312-16.

la fe es duro; supone haber comprendido que el don recibido se convierte en tarea encomendada, y que más vale aparecer públicamente envuelto en la humildad del Verbo que mantener una imagen social encubriendo vergonzosamente la identidad cristiana. Cuando se reflexiona en la timidez que agarrota actualmente a la Iglesia española en medio de nuestro mundo pluralista y aconfesional, sólo puede valorarse adecuadamente la iniciación a la confesión pública que hace el camino neocatecumenal.

Terminado el anuncio por las casas, en presencia de la asamblea de la parroquia, harán la "redditió" del credo, confesando públicamente la fe; cada uno proclama si cree, por qué cree y en base a qué experiencia de su vida. En la procesión del domingo de Ramos los que hayan hecho la devolución de la fe a la Iglesia, si ésta se ha reconocido en ella, llevarán la palma como signo del testimonio de Cristo que puede llegar hasta el martirio.

Transcurrido un año serán de nuevo iniciados más intensamente en la oración; en este momento reciben de la Iglesia el "Padre Nuestro". La oración dominical puede ser proferida sobre la base del bautismo ("instituzione formati"<sup>20</sup>), animados interiormente por el Espíritu que crea entrañas filiales (cfr. Ro 8, 14-17; Gá 4, 6), instruidos por las enseñanzas de Jesús, viviendo en la fraternidad y sin perder el sentido del atrevimiento de que podamos llamar "Abbá" a Dios. Dios, que al principio del camino o era una palabra vacía o una "mano poderosa", comienza a ser en adelante el Padre, que trata al catecúmeno como a hijo.

#### e) Elección

El paso del catecumenado a la elección acontece en una liturgia, donde se inscribe el nombre en el Libro de la Vida. Sólo pasan a "electi" o "competentes" aquellos catecúmenos que hayan mostrado su fidelidad a la alianza con Dios en Jesucristo. La criatura nueva se acredita con obras de Vida Eterna. Sin esfuerzos, como un don recibido, pueden descansar en la voluntad de Dios y traducir en la existencia el "shemá". Es un tiempo de alabanza, de acción de gracias, ya que están llamados a heredar una bendición (cfr. 1 Pe 3, 9). Están llamados a ser sacramento de salvación en medio del mundo, ejerciendo un sacerdocio con un culto espiritual en el altar de su historia. Haciendo suya la misión del Siervo de Dios interceden por la humanidad. Amando a los enemigos se manifiesta el amor que Dios tiene a los pecadores y alejados. Son espejo de lo que

<sup>20</sup> Cf. S. Basilio, *De Spiritu Sancto*, XXV, 36: PG 32, 132 B. No está fuera de lugar la hipótesis de que las palabras de la monición al Padre Nuestro en la celebración eucarística del ritual romano "divina instituzione formati", en lugar de ser una expresión paralela a "praeceptis salutaribus moniti", aludan al bautismo como realidad que hace del hombre hijo de Dios. O. Rouseau, "Le "Pater" dans la liturgie de la messe", en *Cours et Conférences VII* (Lovaina 1929) pp. 231-41, en p. 235 se inclina a ver el origen de la alusión al atrevimiento ("audemus dicere") en la práctica del catecumenado, especialmente en Oriente. J. A. Jungmann, *El sacrificio de la Misa* (Madrid 1963), p. 844 s. S. Sabugal, *El padrenuestro en la interpretación catequética antigua y moderna* (Salamanca 1982).

Dios puede hacer en la reconstrucción de la existencia destruida. Como Jesús murió por el mundo en la cruz, así en la existencia servicial de los cristianos el mundo recibe la vida. De esta etapa no puedo decir otra cosa que lo que aparece en las exposiciones del camino neocatecumenal y en las experiencias de los que han recorrido este tramo.

f) *Renovación de las promesas bautismales*

Es el último paso, que abre a la etapa de "neofitado", es decir, el tiempo pascual vivido, aquellos que terminan de renovar el bautismo. La Vigilia Pascual está en el corazón del camino neocatecumenal; por ello se comprende el sacrificio que significa cuando una comunidad no puede celebrar con todo el desarrollo de sus signos. El camino neocatecumenal no pide para los miembros de las comunidades una celebración aislada; sólo insiste en que la celebración transcurra con toda la riqueza de lecturas y de signos previstos en el ritual de la Iglesia; salvándose esto es secundario si la celebración es parroquial o comunitaria. La Vigilia es celebrada con toda solemnidad; en ella se catequiza a los niños sobre el significado de la grandeza de esta noche, y sobre los signos más salientes. En esta Vigilia se bautizan también, si hay niños de algún matrimonio de las comunidades de la parroquia. El rito de la comunidad va de Pascua en Pascua. Pues bien, en esa noche santa renuevan el bautismo los "elegidos". Reciben la dignidad incomparable de cristianos, o mejor, descubren vitalmente la dignidad escondida. La celebración completa de la Vigilia Pascual no es un lujo; es la traducción ritual del puesto eminente que ocupa la resurrección de Jesús en el cristianismo y recuperado con vigor en el neocatecumenado.

Los que han renovado las promesas del bautismo han llegado al término del catecumenado, pero no a la perfección. Después del camino serio y largo se comprende el paso trascendental de haber sido "iluminados" (cfr. Ef 5, 14; He 6, 4; 10, 32) por el bautismo; pero es necesario estar en guardia de creerse ya al abrigo de la tentación y de la caída. En el largo aprendizaje de lo que es creer habrán constatado muchas veces que no pueden gloriarse en sus fuerzas; sino remitirse humildemente al poder y a la misericordia de Dios. Los cristianos están siempre en camino de la patria celestial, cuyos frutos ya han recibido anticipadamente. Con la renovación de las promesas bautismales han concluido los catequistas su tarea en la parroquia a la que fueron llamados. Presentan al obispo los cristianos, que han sido gestados en la fe de la Iglesia durante el catecumenado. Aquí termina la misión del camino neocatecumenal; es, por tanto, un carisma con una misión y una duración bien precisadas.

He aquí el testimonio de la primera comunidad que ha renovado las promesas bautismales en Roma. Las etapas les han ido abriendo gradualmente a nuevos horizontes y han descubierto: "nuestra ceguera y la necesidad de pedir la fe; nuestros ídolos, que no nos salvan, sino que nos esclavizan; Dios como Único; la necesidad de la oración; el kerigma como vida para el mundo; la relación con Dios como Padre y el perdón

de los enemigos como garantía de que el Espíritu vive en nosotros; el Siervo de Yavé, como única verdad que supera toda lógica y expectativa humana"<sup>21</sup>.

Lo descrito en las páginas anteriores no es un bello sueño; está avalado con mayor o menor claridad por la vida de innumerables comunidades esparcidas actualmente por todo el mundo. En 1976 eran ya más de dos mil. De forma original ha tomado cuerpo el catecumenado de la Iglesia como iniciación cristiana en nuestro tiempo. Indudablemente es una experiencia seria y fecunda. Resiste a una interrogación teológica y a su vez cuestiona a la teología. Tiene evidentemente sus acentos. Se presta lealmente a ser escrutada por la Iglesia y pide un espacio dentro de la comunión eclesial.

### 3. Reflexiones finales

Hemos tratado hasta ahora de presentar las grandes intuiciones del camino neocatecumenal. Se apoya en el anuncio de la resurrección de Jesús como oferta de libertad en medio de todo lo que lleva el signo de la muerte; es un catecumenado en el sentido genuino de esta palabra; y forma comunidades cristianas en las que se manifiesta y realiza la única Iglesia de Jesucristo. A través de ellas puede transcurrir, por supuesto, en comunión real con la parroquia, la diócesis y la Iglesia universal, toda la eclesialidad que comporta la existencia cristiana. En la segunda parte hemos descrito las fases, las etapas del neocatecumenado, explicitando los contenidos que caracterizan los diversos períodos; son tiempos cualificados por una determinada dimensión bautismal que se presenta gradualmente al descubrimiento de los catecúmenos. Dado nuestro objetivo no era necesario descender a más detalles. A lo largo de las páginas anteriores ya se han indicado los acentos fuertes, y en consecuencia, algunas penumbras, del camino; y al mismo tiempo se ha legitimado teológicamente aquéllos y se ha sugerido la llamada a iluminar éstas. Dada la importancia y el altísimo valor del camino neocatecumenal no puede ser "respetuosamente" preterido; esta actitud es una falta de responsabilidad ante los dones de Dios; pero igualmente el camino neocatecumenal debe ser sensible a las carencias sentidas para que poco a poco sean colmadas. El próximo Congreso Nacional de Evangelización es una oportunidad para profundizar la recepción eclesial del camino neocatecumenal en nuestra Iglesia española.

Las comunidades neocatecumenales son un "*carisma*", ya suficientemente discernido como camino del Espíritu para la Iglesia de nuestro tiempo. Al comienzo, todavía en las barracas, cuando la novedad era más llamativa, el entonces arzobispo de Madrid, Mons. Casimiro Morcillo († 1971) escrutó a fondo la realidad naciente, la aprobó frente a las impugnaciones y la estimuló decididamente. Morcillo daría a Kiko y Carmen

<sup>21</sup> Palabras tomadas de una comunicación de la primera comunidad de Mártires Canadienses en Roma, y contenidas en el fascículo citado arriba *El Neocatecumenado. Una experiencia de evangelización y catequesis en marcha en esta generación.*



una carta de presentación, cuando marcharon invitados por primera vez a Roma en 1968, para entregar al cardenal vicario Angelo Dell'Acqua († 1972). Los Papas Pablo VI y Juan Pablo II han dado signos claros de su estimación y aliento. En general las críticas del camino neocatecumenal le acusan de una cierta protestantización o de una cierta inhibición social, o de la formación de una Iglesia paralela... Por los juicios de valor emitidos por las autoridades pastorales de la Iglesia es insensato dudar de su inequívoca identidad católica.

Es un carisma junto con otros carismas, que están llamados a convivir y a actuar en el interior de la Iglesia universal, de la diócesis y con las debidas proporciones dentro de la parroquia. No es procedente, por tanto, que un carisma se levante con la pretensión de ser el único camino de salvación o que sea "delicadamente" marginado y silenciado. La comunión eclesial puede resentirse o porque se dispersa y fragmenta o porque se construye sobre una base tan estrecha que para entrar en juego deben los carismas ser "domesticados" perdiendo así su originalidad y su capacidad enriquecedora. Es sospechoso un plan de pastoral de conjunto donde no quepan iniciativas apostólicas no nacidas en la propia diócesis o sean excluidas por principios teóricos eclesialmente discutibles, posibilidades evangelizadoras que en otros lugares se muestran fecundas. Una Iglesia particular es católica en el movimiento permanente de oferta y acogida hacia otras Iglesias. Pensar que las condiciones sociológicas, por ejemplo la "pluralidad", la periferia de las ciudades, la depresión económica, el envejecimiento de la población... pueden ser razones suficientes para eliminar caminos avalados en la Iglesia universal, equivale a desconocer que el problema de todo hombre es en el fondo siempre y en todas partes el mismo, y que en nuestra situación actual la confrontación fundamental transcurre entre la fe y la increencia.

Las comunidades neocatecumenales no son un movimiento apostólico. Los movimientos apostólicos son, por definición, especializados por ámbitos sociales, por edades, por tareas... Estos se sitúan, como ya se dijo más arriba, en las formas especiales de participar los cristianos laicos en la misión de la Iglesia; aquéllas se sitúan, más bien, en la responsabilidad apostólica común. Participar en un movimiento apostólico supone una vocación específica en el seglar —aunque con frecuencia sea el itinerario para descubrir la fe cristiana— y reunir, además, una serie de condiciones de vida y personales determinadas. No es legítimo optar por las comunidades sin dejar espacio para los movimientos especializados ni viceversa. Poner movimientos y comunidades en competitividad es impropio. ¿Cómo podremos dudar de que en nuestra Iglesia se siente la necesidad de unos movimientos apostólicos vigorosos? Pero no pueden ser promovidos prefiriendo las comunidades; ni las comunidades deben desconocer la razón de ser de aquéllas. De lo dicho se comprende que una comunidad no puede ser utilizada como movimiento apostólico, ni debe ser comprendida su eficacia por el número de militantes, por ejemplo sindicales, que suscita. Sí cabe esperar, y efectivamente ocurre, que de la comunidad surjan vocaciones especiales: sacerdocio, vida contemplativa, militancia cristiana en los ámbitos del trabajo, caritas, enseñanza, marginación...

El obispo en la diócesis y el párroco en la parroquia son órganos de comunión de las diversas realidades eclesiales existentes o a promover lógicamente cabe una valoración, jerarquizada. Para poder ser vínculo de unidad se les piden unas actitudes de anchura, de lucidez, de generosidad, de paciencia, de fidelidad, de capacidad de aliento y de corrección, etc., considerables dada la comunión en pluralidad que la Iglesia ha afirmado con claridad en el Vaticano II. Si la unidad del presbiterio de una diócesis se resiente porque se forman grupos cerrados (por edad, opciones pastorales, adscripción a asociaciones sacerdotales admitidas por la Iglesia, etc.), entonces se impone a todos una revisión a fondo de actitudes y comportamiento de comunión. La solución no puede ser la uniformación sino la comunión densa, respetuosa y rica.

No debemos caer en la tentación de la esterilidad consensuada; ni debemos olvidar, que, además de la "fraternidad apostólica", existe la fraternidad entre cristianos y presbítero, poderosamente beneficiosa para éste; es un hecho que dentro de las comunidades neocatecumenales se rompe la soledad del presbítero y se establece realmente una honda comunicación.

El camino neocatecumenal ha percibido con mucha fuerza cuál es la honda irredención del hombre: la esclavitud por el temor a la muerte, salario del pecado. Esta situación es real en la concepción cristiana; no es un resto que pueda ser eliminado por la progresiva "socialización" humana. De forma semejante ha percibido con mucha fuerza el núcleo de la salvación traída por Jesucristo: el perdón de los pecados y la capacidad de amar al enemigo, el poder otorgado en la resurrección de Jesús de cargar con los pecados del mundo. También confirma esto la antropología cristiana; la regeneración del hombre acontece al recibir en el poder del Espíritu el amor gratuito y creador de Dios. Ya dijimos que los acentos paulinos han sido recogidos con vigor por el camino neocatecumenal. También debemos decir que del corazón brota como fruto del Espíritu la paz, el amor, la paciencia, la misericordia...; y como fruto de la carne la discordia, la división, el desenfreno... (cfr. Gá 5, 16 ss.). El hombre plasma su mundo entregándolo a la vanidad o rescatándolo de la esclavitud (cfr. Ro 8, 18 ss.). Pero, dado el carácter social y cósmico del hombre, existe también una incidencia de la sociedad y del mundo en el hombre; las condiciones externas no son indiferentes al núcleo personal rescatado por la luz. Un cristiano sin trabajo puede tener iluminado el problema del paro, pero la desarmonía personal producida por esa situación social influye en la vivencia de la fe. Hay una relación entre hombre nuevo y condiciones sociales; esta relación va no sólo de aquél hacia éstas, sino también de éstas hacia aquél en una cierta medida.

La Iglesia en el Vaticano II ha descubierto *dos campos de su misión*. El primero, esencial e insustituible, es predicar el evangelio para que escuchado por el hombre éste se convierta y entre a formar parte del nuevo pueblo de Dios. Pero la Iglesia está llamada también a servir al mundo en su misma mundanidad, a colaborar con todos los hombres para que la dignidad humana sea más respetada, para que la paz sea garanti-

zada, para que a todo hombre se haga justicia, para que los pobres sean defendidos...<sup>22</sup>.

El mal que existe en el mundo es siempre un interrogante, especialmente incisivo para quien cree en Dios Padre bueno. Este mal procede de la finitud humana, de los condicionamientos del hombre, del mal uso de la libertad, de egoísmos arraigados... Y hay ante esto una misteriosa "necesidad teológica"<sup>23</sup>. Ante esta situación el cristiano está llamado ciertamente a reconciliarse con Dios en su historia muchas veces desagradable y a cargar con el pecado del mundo siguiendo las huellas del Siervo de Dios; pero también está llamado en la medida de sus posibilidades a una actitud transformadora, no sólo personal sino también social. Dios, que es la "causa primera", no elimina las "causas segundas" y su responsabilidad. El mundo es también tarea encomendada por Dios al hombre libre (cfr. Gn 1, 27 ss.); y de esta tarea no debe eximirse el cristiano como cristiano; el Padre de Jesucristo es el Creador de todo; la redención abarca la totalidad de la creación.

El carácter público de la fe cristiana acontece esencialmente cuando se la profesa abiertamente rompiendo el silencio de la propia intimidad o el marco de la comunidad. Pero hay también una forma de publicidad de la Iglesia en la sociedad que consiste en aportar su palabra y colaboración allí donde se juega la causa del hombre y la orientación de la sociedad. Por este motivo la Iglesia no puede recluirse ni debe dejarse recluir en la privaticidad. La paz, el paro, la cultura, el trabajo... son espacios donde se ejerce también el carácter público de la Iglesia. Para estas grandes tareas se requiere un cuerpo unido a sus pastores. No debe la Iglesia ceder a la tentación de ser un conjunto debilitado y unidades innumerables vigorosas en su interior. Por supuesto, en el foro público social no sólo harán sonreír expresiones sobre el perdón de los pecados y amor a los enemigos, sino también las grandes afirmaciones de la antropología cristiana cuando tengan que proferirse frente a otras concepciones del hombre, por ejemplo en relación con el amor, el matrimonio, el derecho a la vida, etc. La acusación de "angelismo" puede entonces extenderse a sectores de la Iglesia que antes la habían reservado a algunos grupos de hermanos en la fe. La profesión de la fe cristiana y el servicio al hombre, según ese

<sup>22</sup> Refiriéndose Y. Congar al capítulo IV, parte 1<sup>a</sup>, de la Constitución *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II, que lleva por título "Misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo", ha escrito: "A decir verdad, la primera tarea de la Iglesia con respecto al mundo es la de convertirle al Evangelio... Es así como el mundo se convierte en Iglesia. Pero hay otro terreno en la misión de la Iglesia, otra actividad de la Iglesia con respecto al mundo, la que ejerce en y sobre el mundo en sus estructuras y actividades de mundo, cuando se mueve en su orden de mundo. Es éste el dominio, ésta la actividad que *Gaudium et Spes* considera... No se puede separar, en el ejercicio de su misión por la Iglesia, la búsqueda del bien de los hombres y la predicación del Evangelio" ('El papel de la Iglesia en el mundo de hoy', en *La Iglesia en el Mundo de hoy*, II (Madrid 1970) pp. 373 s).

<sup>23</sup> El problema teológico del mal se agudiza por la cruz de Jesús como consecuencia del pecado; pero en esta infinita radicalidad está también la iluminación: "El problema del pecado del hombre se transforma en el misterio —o el escándalo— del amor de Dios" (W. Kern, 'Ubel', en *LThK* 10, col. 434). En la cruz de Jesús y en la cruz de la historia personal de cada hombre, Dios nos muestra paradójicamente su amor.

dinamismo, lleva consigo su oprobio (cfr. He 11, 24-26) y también su gozo liberador. Aunque a veces sea tachada la Iglesia de falta de respeto al hombre porque le invita a la conversión y la fe, no deberá silenciar esa llamada precisamente por bien del hombre y por obediencia a Dios.

Lo que termino de decir quiere ser una llamada al camino neocatecumenal y al conjunto de nuestra Iglesia. La actitud ante el neocatecumenado es la actitud ante un "carisma" vigoroso y fecundo. Está llamado a mantener en la Iglesia la memoria de ciertos acentos percibidos con profundidad y lucidez. Es un deber ante el Espíritu de Dios, fuente de los carismas, del conjunto de la Iglesia y de los iniciadores del camino que éste no se desnaturalice. La fecundidad de un carisma radica en su originalidad. Para que los carismas en su genuinidad sean recibidos por la Iglesia deben ser discutidos, y a veces la Iglesia debe ayudarles en su maduración y en el despliegue de sus virtualidades. Es comprensible entonces que sean requeridos ciertos ajustes, cierta aclimatación, a la luz de las experiencias hechas y de las exigencias de la comunión eclesial. Esos ajustes y ensanchamientos deben realizarlos los iniciadores del carisma y eventualmente los herederos legítimos. Es una manipulación indebida, con el riesgo de que se desnaturalice el carisma, forzarlo exteriormente. La salud de la Iglesia se manifiesta en la acogida generosa de las iniciativas suscitadas por el Espíritu, y la verdad de los carismas se acredita en su disponibilidad para la comunión eclesial.